

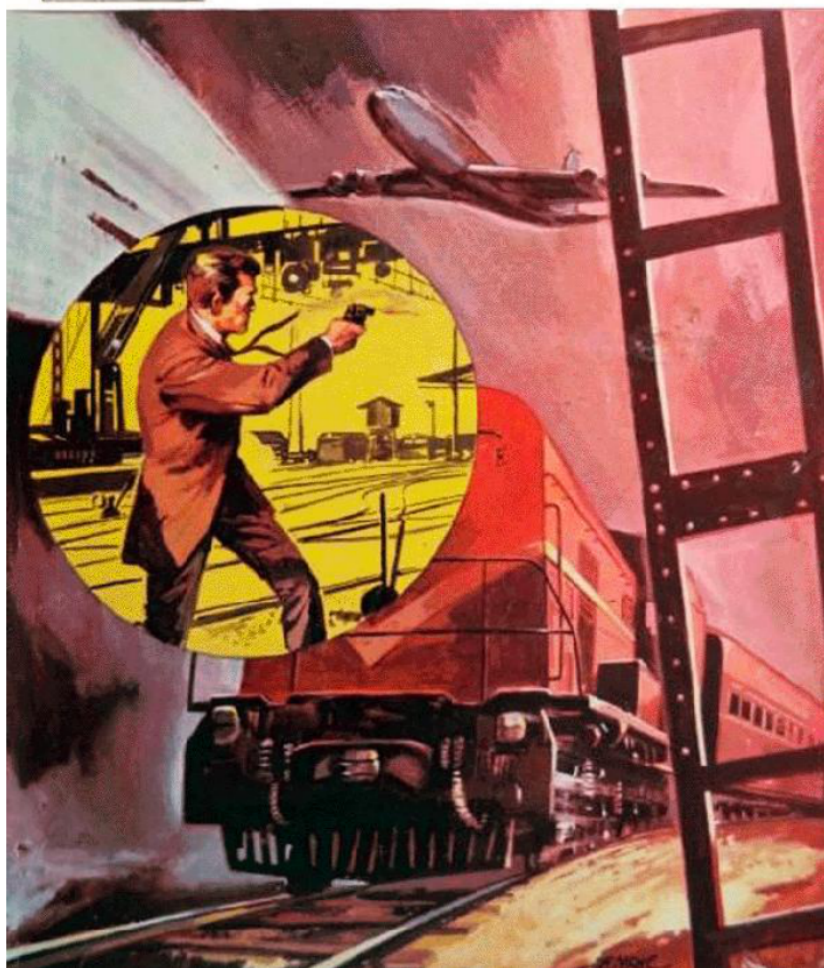
BOSSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

trayecto Barcelona-Madrid

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

VIC LOGAN

**TRAYECTO
BARCELONA-MADRID**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 571
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Dépósito legal: B 7.393 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1973

© VIC LOGAN, 1973

texto

© ENRIQUE MARTIN, 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.177 — El hombre del pelo ensortijado.

En Colección PUNTO ROJO:

567 — Alguien acecha en la sombra.

En Colección ASES DEL OESTE:

652 — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

882 — Historia de dos atracos.

En Colección KANSAS:

761—Todos contra un hombre solo.

En Colección BRAVO OESTE:

584 — Parejas de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

798 — En legítima defensa.

En Colección COLORADO:

766 — Los salvajes de Río Grande.

A MODO DE PROLOGO

Si bien algunas entidades oficiales o privadas que se mencionan en esta novela existen en la realidad, lo que ocurre dentro o a través de ellas es una simple fantasía creada por el autor. Por tanto ninguna persona puede darse por aludida si por una extraña coincidencia la fantasía pudiera parecerse a cualquier realidad pasada o presente. Sería todo mera casualidad.

Vic Logan

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Era el apartamento número 3, del piso octavo de un moderno edificio de reciente construcción en la Avenida de Sarria, en la ciudad de Barcelona.

Además del lujo con que cada propietario había decorado los interiores, contaba también la bella disposición de cada apartamento, construido con las más modernas técnicas y con materiales de primera calidad. Eran sólo asequibles a gente adinerada.

El apartamento 3, del piso octavo, era uno más, y bastaba observar el estudio de trabajo de quien moraba en él para adivinar su profesión.

Una bien surtida biblioteca, una mesa doble que formaba ángulo, con un perfecto desorden, podían verse artículos de revistas, cuartillas con inopsis e ideas para posibles argumentos, algunos folletos ilustrados de propaganda, pisapapeles, otras cuartillas con apuntes e ideas, y en la máquina un folio a medio escribir con las dos copias de rigor.

Sí. El propietario era un escritor.

Un escritor que había tenido suerte en su trabajo profesional. Un escritor bastante conocido y que, además, su mayor fuente de ingresos provenía de sus colaboraciones con el extranjero, Francia e Inglaterra especialmente.

En el estudio que era la pieza que compendia la actividad normal del titular del piso habían otras cosas, como un tresillo, estantes, objetos raros, pero seleccionados con gusto y una completa instalación eléctrica para toda clase de efectos de luz.

Sobre la mesa había también el carnet de identidad del propietario.

En la fotografía, sorprendentemente fiel, aparecía un hombre de 32 años, pelo castaño, peinado un poco a la moda, pero sin

exageraciones de mal gusto. Viendo su rostro en aquel retrato daba la impresión de que su natural correspondía al hombre moderno que conoce siempre donde está el punto medio de las modas.

Su expresión era despierta, pero no faltaba ese halo, ese amago de introversión peculiar en la mayoría de los intelectuales, de los que viven de su cerebro, de los que trabajan completamente solos, sin más ayuda que sus manos para darle a la máquina de escribir y a solas siempre con sus ideas, sin poder distraer su atención, concentrados en sí mismos y aislados de todo ruido molesto.

Al dorso del carnet que ahora unas manos hábiles manipulaban podía leerse el nombre, la edad, los datos:

David Sender Boscán. La edad de acuerdo con la fecha de nacimiento era ciertamente 32 años, ya sabemos la profesión. Tampoco importa el nombre del padre ni de la madre, ni el lugar de nacimiento.

Fecha de expedición del carnet: 12 de octubre de 1971, cuatro meses antes porque el calendario de sobremesa indicaba la fecha actual: 15 de enero de 1972. Era sábado.

Las manecillas de un reloj eléctrico señalaban las 8 de la tarde. Era pues oscuro ya, aunque en el octavo piso se vislumbraba un cielo ligeramente claro porque las luces de la calle no le empañaban.

David Sender no estaba escribiendo. Tenía un par de maletas preparadas, ambas del mismo tamaño, pero de color diferente; una roja, llamativa, la otra, tenía un tono gris discreto. Había también un neceser masculino. Todo listo, sólo faltaba él.

David Sender estaba en el cuarto de baño, concretamente frente al espejo entregado a una manipulación poco corriente.

Acababa de encasquetarse una peluca de las que hoy son tan corrientes. La peluca de pelo negro con flequillo, y muy largo por detrás le cambiaba bastante el aspecto, unas gafas de concha contribuían a que desapareciese parte de su aire habitual, por último un bigote muy espeso y poblado, también postizo, contemplaba aquel disfraz.

Dedicó varias poses al espejo y al fin, satisfecho de su aspecto, fue a por las maletas. Dio un repaso, general como suelen hacer las personas que salen de viaje y debió convencerse de que no se olvidaba nada porque decidió ir a la caja de contadores para

desconectar la corriente.

Entonces vio sobre la consola de la entrada la postal. Era una vista de la Basílica del Pilar, junto al inevitable río Ebro. Tomó la postal y fue hacia la mesa auxiliar de su estudio. La dejó con la fotografía boca abajo, dejando al descubierto el breve texto:

«Llegué sin novedad. Agradezco una vez más el permiso que me diste para visitar a mi familia. Todos están bien. No he olvidado tus instrucciones:

»*Laura*».

David salió de la casa, pero no lo hizo por la puerta principal sino por la que desde la cocina daba directamente al montacargas privado. Un montacargas que iba directamente al apartamento.

Cargó las maletas y dejó que el montacargas le llevara hasta abajo.

Antes de salir se asomó. Mentalmente agradeció que no hubiera ninguna chacha charlando, ni que tampoco estuviera el conserje, lo cual ya era de esperar porque en aquellas horas solía estar en el vestíbulo principal ojeando los periódicos de la noche que el repartidor dejaba para que él cuidara de subirlo a los abonados.

Con una maleta a cada mano, David salió a la calle y anduvo hasta la esquina.

Aquella hora resultaba bastante fácil encontrar taxis y lo halló.

—Voy a la calle Hospital. Entre por las Ramblas, ya le indicaré dónde debe parar.

El chófer eligió la ruta normal. Y mientras circuló por la parte alta pudo ir a buena velocidad, luego ya la cosa se complicó más porque a medida que se acercaban a la Gran Vía el tráfico se hacía más denso y la marcha tenía que ser más lenta, insoportablemente lenta, pero David no parecía tener ninguna prisa, aunque de vez en cuando mirase al reloj.

Llegó a su destino a las ocho y treinta y tres. Dejó una maleta en el auto y pidió al chófer:

—Aguarde aquí.

—Si es por mucho tiempo no podré esperar. Aquí está prohibido aparcar y si viene el guardia...

—Está bien, vaya al establecimiento de la plaza de la Garduña y espere allí. Tome —y le largó un billete de cien pesetas para

demostrar que no quería pasarse de listo y ahorrarse la carrera.

El chófer guardó el billete y David añadió:

—Dejo una maleta aquí. Tenga cuidado.

—No se preocupe, nadie tocará nada.

David bajó del auto y se adentró por una calleja. Allí, en la segunda puerta, había un sucio letrero que anunciaba: «Pensión primer piso».

Aquello era lo menos parecido a lo que uno entiende por pensión, pero la verdad es que admitían huéspedes.

David subió rápidamente, llamó al timbre y una mujeruca encorvada, de rostro arrugado y que apestaba a alcohol, le franqueó la entrada.

—Buenas noches, vengo a recoger mis cosas. Salgo para Madrid en el avión de esta noche. Tengo que abonar la cuenta.

La mujer rezongó algunas palabras ininteligibles y fue a llamar a alguien.

David cruzó el corredor y se dirigió a una habitación, oscura y sin ventilación que olía a diablos.

Entró con la maleta, la abrió, y la llenó con algunas pertenencias que sacó de un carcomido armario. Algunas camisas, un par de corbatas, calcetines y pañuelos, no había más.

Cuando lo hubo colocado todo se sentó en la cama y miró alrededor. Lanzó un suspiro al tiempo que murmuraba:

—Por fin acabó la pesadilla... Hay que vivir en un sitio de éstos para creer que existen. —Encendió un cigarrillo rubio con filtro y se tumbó en la cama dejando transcurrir algo más de media hora durante la que consumió otros tres cigarrillos.

Su reloj marcaba las nueve y doce minutos cuando, maleta en ristre, fue hacia el recibimiento. Allí había un cuartucho pequeño lleno de trastos y un *buró* con alguien sentado al frente, que repasaba unos papeles.

El hombre, de roto jersey, con un trozo de puro appestoso en la boca dijo:

—Bueno, dejó usted trescientas pesetas a cuenta, ¿eh? Tiene una llamada telefónica con Madrid y veamos...

—No importa, puede quedarse con todo. ¡Ah! Tengo que poner otra conferencia.

—Bueno, bueno..., es directo, ya sabe. Pase y llame.

David entró en el cuartucho y el hombre sacó el teléfono en medio de papeles, revistas y chismes que casi lo ocultaban.

Marcó el prefijo de Madrid y a continuación un número de siete cifras. Aguardó unos momentos y el tipo de la pensión pudo oír claramente cómo el huésped decía:

—¿Eres tú, Antolín? Sí. Soy Fernández. Alberto Fernández, voy a tomar el avión de las once treinta. Poco después de la una estaré en tu casa. ¡La una de la madrugada, claro! Ten preparado lo que ya sabes. —Esperó un poco y colgó.

Entregó al hombre otras cincuenta pesetas.

—Tome, por todo.

—Que tenga buen viaje, señor Fernández.

—Gracias, amigo. Recomendaré esta pensión.

Cuando bajaba por la escalera, el hombre guardándose el dinero en el bolsillo, se dirigió hacia la pequeña cocina, donde la mujer de rostro arrugado trasegaba de una botella de vino.

—Nunca me ha gustado ese tipo.

—¡Bah! —espetó la mujer.

—No sé por qué no me gusta. Fernández... Vete a saber cómo se llama. Ni siquiera tenía carnet de identidad. Ojalá no tengamos jaleos.

—¡Bah! —volvió a soltar la mujer.

CAPÍTULO II

David Sender o Fernández como le conocían en la extraña pensión estaba de nuevo en el taxi.

—A la estación de Francia.

—¿Cercanías?

—No, a la principal.

El taxi tuvo que dar el consiguiente rodeo hasta salir al Paralelo y continuar por Colón, etcétera, hasta llegar a la Estación Término de la ciudad.

Eran las nueve cuarenta en los grandes relojes del vestíbulo.

David entró en el restaurante y fue directamente a los lavabos. Como no había nadie y lo que tenía que hacer no era mucho, en tres minutos estuvo listo. Se quitó la peluca, las gafas y el bigote y recobró el mismo aspecto de la fotografía del carnet de identidad.

Salió, pidió un *whisky* en el mostrador del bar y encendió un pitillo mientras lo consumía.

Cuando entró de nuevo en la estación eran las nueve y cincuenta y cinco minutos.

Su tren todavía no había llegado. Por los altavoces anunciaban:

«Tren expreso procedente de Port-Bou, con destino a Madrid y que tiene su salida a las veintitrés treinta y cinco minutos quedará estacionado en la vía número cuatro. Está efectuando su entrada».

A las diez y diez minutos, David subía al vagón que le correspondía. Era el número dos de los coches cama.

El acomodador le acompañó al compartimiento número siete que caía casi al medio del vagón.

—¿Puede usted prepararme la cama ya? —pidió David.

—¿No va a cenar, señor?

—Mire, estoy rendido, que me caigo de sueño, preferiría acostarme cuanto antes y que nadie me molestara. ¿Puede ser?

—Por supuesto, señor.

David entregó al conductor un billete de cien pesetas y su carnet de identidad.

—Tome, por las molestias. Y guarde el carnet junto con el billete por si la policía lo pide.

—¡Ah, bueno, señor! Claro que si duermen no molestan a nadie.

—De todos modos guárdelo, por si acaso.

—Desde luego, señor.

—A las diez y treinta minutos antes de la salida oficial del tren, David se había encerrado en su apartamento cama. Sus maletas estaban colocadas en el portaequipajes, y la ventana permanecía cerrada y cubierta con la manta que constituía una buena barrera para que no pasara la luz cuando amaneciera.

David estaba haciendo una cosa poco usual. Llevaba puesto el pijama y sobre el mismo se vestía de nuevo, pantalón, camisa, calcetines y todo lo demás.

Abrió la puerta lentamente y miró hacia el corredor.

El tren estaba a punto de salir y el conductor hablaba con alguien en la plataforma.

David colocó el baldón de seguridad hacia arriba y mentalmente rogó que lo que se proponía surgiera efecto al primer intento.

Cerró la puerta de golpe y escuchó un chasquido. Probó de abrir y no pudo. El baldón había caído justo en la hendidura. La puerta había quedado cerrada por dentro.

Rápidamente David se dirigió hacia la plataforma posterior, la contraria de donde se hallaba el conductor del vagón.

Al pasar por delante de uno de los compartimientos, se abrió la puerta y David, instintivamente, miró hacia dentro.

Durante unos instantes sus ojos expresaron contrariedad. Vio al hombre, un sujeto casi calvo con un bigote lacio que iba en mangas de camisa y lucía un abultado abdomen. Fue solo unos segundos. Pero estaba convencido de que aquel hombre no le había visto.

El silbato anunciaba la marcha del tren.

David abrió la puerta contraria al andén y aguardó a que el convoy hubiera avanzado unos cuantos metros. La marcha lenta del arranque favoreció el poderse tirar sin graves riesgos.

Saltó en la parte más oscura llevando como único equipaje el neceser.

Corrió por entre las vías hasta llegar al sector de la Estación de

Cercanías.

Salió fuera y detuvo el primer taxi que encontró.

—¡De prisa, al aeropuerto!

Tenía el tiempo perfectamente medido y calculado.

Hasta que llegaron a la Gran Vía el viaje se hizo desesperadamente lento.

Después al tomar la recta de la autovía, David se tranquilizó.

—¿A qué hora tiene que tomar el avión? —preguntó el conductor.

—No tomó ningún avión, voy a esperar a un conocido.

—¡Ah! —repuso el chófer.

—Pero no afloje. Quiero estar allí cuando llegue.

El reloj del aeropuerto señalaba las once y doce minutos cuando David cruzaba rápidamente el monumental vestíbulo camino de los lavabos.

Allí tuvo que esperar a que un hombre terminara de lavarse con enervante parsimonia para quedar solo y volver a enfundarse los postizos.

A las once y veintiún minutos salió del lavabo convertido en el señor Fernández.

Por los altavoces anunciaban ya su salida: «Avión de las once y treinta minutos, vuelo ciento veinticinco de la compañía “Iberia”».

Entregó el billete a la azafata y subió al autocar que conducía a los pasajeros al mismo pie de la escalera del «Caravelle».

Se quedó en último término sin mirar a nadie y procurando pasar lo más inadvertido posible.

Como las plazas no van numeradas, ocupó un asiento doble donde no viajaba nadie más, y situado bastante atrás.

Quedaban bastantes plazas vacías, pero no se preocupó en contar los que viajaban.

El aparato despegó a su hora.

CAPÍTULO III

Eran exactamente las doce y cincuenta minutos en su reloj de pulsera, cuando un taxi llevaba a David camino de Madrid tras el normal aterrizaje en Barajas.

—A esta hora da gusto. Si viera esto por las mañanas —manifestó el chófer hablador, pero David contestó una ambigüedad y el hombre pensó que era mejor no seguir hablando.

A la una y siete minutos de la madrugada, David estaba frente al número trescientos cincuenta y siete de la calle Diego de León. Pagó al conductor y fue directo a la puerta de un moderno edificio de grandes terrazas. Llamó desde abajo. La casa tenía el sistema de portería electrónica.

Aguardó y a través del receptor escuchó una voz conocida:

—¿Quién es?

—Vía libre para un amigo —respondió David.

La puerta fue abierta desde el séptimo piso. David fue directamente al ascensor y poco después se hallaba ante la puerta del apartamento de un hombre que aparentaba su misma edad. Un hombre que le miró enarcando las cejas.

David hizo una reverencia y saludó:

—¿Divertido, verdad? Pues bien, oficialmente estoy viajando en el Expreso Costa Brava que llegará a la capital de la villa y corte, a las nueve y cincuenta minutos en Charmartín.

—¿Dónde has conseguido eso...? —inquirió su buen amigo.

—¡Oh! ¿A qué despista bastante? —sonrió David, y entrando en la casa se quitó los postizos.

Su amigo madrileño cerró la puerta donde podía leerse su nombre y su profesión: «Carlos Antolín. Abogado».

—¡Lo conseguí, Carlos! Si supieras la sensación que siento...

—No cantes victoria. Sólo has conseguido la mitad. Ahora falta el regreso. Algo puede fallar.

—Estoy seguro que no. Es una corazonada. Demostraré a Sala que no existe policía en el mundo, ni la nuestra que pueda probar que no pasé la noche en el tren...

—Bueno, aparte de que siempre he considerado esto como una tontería, debo hacerte notar algunos puntos con los que no has contado, David.

—Todo está previsto.

—De acuerdo. Tú preparas concienzudamente todo esto. Llegas a Madrid, aquí, a mi casa, me asesinas y sigues con el plan... Suponte que la policía encuentra una pequeña prueba de tu estancia aquí, algo vago, si tú quieres, pero que es de por sí un indicio. A todo esto, se suma la sospecha de una hipotética desavenencia entre víctima y asesino, entre tú y yo... No dudes de que la policía trabajará para destruir tu coartada y con medios para conseguirlo.

—No, no es tan fácil. Veamos... Supongamos que se huelen mi juego. ¿Qué harán?

—Pedirán la lista de pasajeros de los vuelos que hayas podido tomar.

—De acuerdo. Voy con nombre falso; para la compañía yo soy Alberto Fernández.

—De acuerdo, investigarán sobre cada pasajero, para confirmar que cada uno de ellos es una persona real que efectivamente efectuó el vuelo, porque naturalmente darán por descontado que usaste nombre falso.

—De acuerdo, de acuerdo, sigue.

—Llegarán a Alberto Fernández y verán que no existe.

—¡Caíste en la trampa, amigo! Alberto Fernández existe.

—¿Cómo?

—Alberto Fernández estuvo alojado durante tres días en una pensión de Barcelona, un sitio sórdido, pero real. Desde allí te llamé un par de veces y ellos lo oyeron. Di una buena propina para ayudar a recordarles... Y por último en las señas que di al encargar el billete puse el nombre de la pensión. Por tanto... Cuando lleguen al nombre de Alberto Fernández, allí les dirán que se hospedó un individuo así y así, que incluso les anunció su marcha a Madrid. Las señas que facilitarán a la policía no coincidirán con las mías, pero tampoco podrán hablar con Fernández porque... habrá desaparecido.

Antolín sonrió.

—Bueno, yo que tú no utilizaría el sistema para una prueba en serio. No asesines a nadie y vivirás más tranquilo. Los criminales suelen delatarse a menudo a sí mismos. Y en la policía hay buenos expertos, auténticos psicólogos... Ahí radica precisamente el mérito de los investigadores, en saber detectar al criminal, el buen olfato que llamaríamos en lenguaje vulgar.

—Pero un buen olfato necesita acompañamiento de pruebas... Si tú tuvieras a tu cargo la defensa de un sospechoso, sin más pruebas que unos simples indicios. ¿Serías capaz de perder el caso?

—Hum... Tal vez no. Para la ley existe la sabia norma de conceder el beneficio de la duda. Más vale dejar libre a un culpable que condenar a un inocente.

—¡Carlos, yo sé que les daría trabajo, mucho trabajo y que nunca conseguirían la prueba!

—Suponte que al regresar tienes un accidente.

—¡Hombre, no busques los tres pies al gato! Se da por supuesto que todo ha de salir perfecto, si hay fallos ya no hay juego.

—Pero hay que contar con esos fallos.

—Yo hablo en el supuesto de que el plan salga redondo. A partir de ahí es cuando reto al mejor especialista.

—Bueno, pues brindemos por la idea. ¿Cuándo verás a Sala?

—Pues mañana, o el lunes. Tienes unos días de permiso. Nos reuniremos en Navacerrada. ¿Qué te parece?

—Por mí, estupendo, ya te dije que pensaba ir mañana temprano. Es decir, hoy.

—Bien. Ve tú. Yo iré por mi cuenta.

—Te espero, si quieres.

—No. El tren llega demasiado tarde... Recuerda que oficialmente estoy viajando en el expreso...

—Desde luego, ideas como éstas sólo pueden ocurrírsete a ti... Pero bueno, si te sirve para tus novelas y guiones, por mi vale...

—¡Ah! Tengo que dejar una prueba para Sala. El billete del avión servirá. Un billete no viaja solo, además está utilizado...

—Tendrás que firmarlo con tu nombre.

—Y tú das fe de ello.

Bebieron, rellenaron el billete de firmas y por fin David consultó su reloj.

—¡El tiempo vuela! Son las dos y cinco minutos.

—¿Dónde vas a coger el tren?

—A Calatayud. Son doscientos y pico de kilómetros. Me bastan algo más de tres horas.

—¿Cuándo pasa el expreso por Calatayud?

—A las seis y diecinueve minutos.

—Bueno, no pierdas tiempo por si acaso. ¿Dónde tienes el coche?

—En Francisco Silvela. Está dos manzanas más abajo.

—Espero que no te lo hayan robado.

—¡No fastidies, hombre!

—Cada vez que pienso en lo que has hecho... ¡Se necesita humor, muchacho!

—Hasta Navacerrada, Carlos.

—Adiós, y buen viaje.

—¡No pierdas mi billete del avión!

—Descuida, me lo meteré en el coche.

CAPÍTULO IV

Las manecillas del reloj marcaban las cuatro y media de la madrugada, y el «Seat 1500» de David se deslizaba raudo por la carretera. En más de dos horas había superado el promedio y aquello permitía ir tranquilo.

De repente, al pensar en su bajada del tren en marcha, en las prisas por llegar al aeropuerto y en todo, lo que había hecho hasta entonces casi le parecía imposible.

¡Estaba viviendo como un delincuente que prepara científicamente su golpe! ¡Era el protagonista de una de sus novelas, aunque sólo fuera para probarse a sí mismo que lo que había realizado era perfecto y factible, con eso ya le bastaba!

Sonrió alegremente y terminó soltando una carcajada. De pronto su rostro se ensombreció al recordar la puerta del compartimiento que se había abierto bruscamente, cuando él se dirigía hacia la plataforma. Recordaba la imagen de aquel hombre...

Decidió no volver a pensar en ello.

Pero tuvo que hacerlo.

—¿Podría ser éste un fallo importante?

Claro que el otro no le había visto...

Alzó los hombros y siguió con la atención fija en la carretera.

Más adelante se cruzó con una pareja de motoristas de la Guardia Civil sin que le ocurriera nada. ¿Por qué iba a ocurrirle?

Le pareció que un automóvil llevaba un rato detrás suyo sin demostrar ningún interés en avanzarle; por el contrario le pareció que cuando él aceleraba, el que venía detrás hacia lo mismo.

Sonrió al pensar en que aquello era una tontería.

¿Quién podía seguirle a él?

—Aunque viva una novela, esto no es ciertamente una novela.

Aminoró la marcha en las proximidades de un cruce y el auto que iba detrás de él se detuvo.

Aquello empezó a no gustarle. Pisó a fondo y al llegar al cruce de una carretera secundaria se metió por ella. Hizo andar el automóvil un par de cientos de metros y se detuvo después de una curva.

Bajó con deseos de estirar las piernas. Encendió un pitillo y consultó el reloj. Iba bien de hora.

Se adelantó por el descampado y oteó la carretera general. Vio los faros del auto que venía detrás suyo que se había puesto nuevamente en marcha.

Aguardó allí, esperando ver pasar de largo al otro coche.

Pero no. El coche viró también por la misma carretera. Sin saber por qué sintió un repentino vacío en su interior. ¿Le seguían de verdad?

Se apartó del coche y buscó la protección de un árbol bastante frondoso que crecía en el descampado.

Desde allí vio pasar el coche a marcha muy lenta.

El auto pareció que iba a detenerse a la altura de donde había dejado el «Seat».

Desde su puesto, David podía observarlo todo perfectamente, sin que aquella sensación de vacío le abandonara.

¿Qué querían los ocupantes del auto?

Lanzó un suspiro de alivio cuando vio que por fin el que parecía coche seguidor se decidió a acelerar, alejándose por la misma carretera secundaria.

David regresó a su «Seat», dio la vuelta y volvió a salir a la carretera general.

Eran las cinco y cuarenta y cinco minutos cuando salió del coche que había dejado aparcado en una plaza en la que había algunos más. La estación del tren estaba cerca, pero no podía aguardar al expreso como un pasajero cualquiera. Tenía que esperar hasta el último momento.

Luego tenía que hacer una última cosa, lo que sería el último detalle importante, pero el frío de enero era un serio inconveniente.

Volvió a entrar en el coche y dejó que pasara el tiempo.

A las seis y diez minutos se decidió. Faltaban seis minutos para la llegada del expreso, o mejor dicho para la salida.

Entonces, se despojó rápidamente del traje, quedándose solo con el pijama puesto. Sacó el neceser, las zapatillas y tras haberse

descalzado y quitado los calcetines se los colocó y luego se desarregló el pelo.

Escuchó un pitido y bendijo la puntualidad del convoy. Salió del coche y corriendo entre las sombras alcanzó la estación, aunque cruzó por zona más oscura para quedarse al otro lado del andén principal.

La carretera le impidió de momento sentir el frío más acusado aún con las livianas prendas que llevaba por toda vestimenta.

Cuando el tren entraba ya en la estación, buscó un vagón y antes de que la locomotora se detuviera se había ya colgado del estribo, justo por la misma puerta que saltó en la estación de Barcelona.

Abrió espacio y se coló en el interior. En seguida sintió el confortable calorcillo de la calefacción.

Miró un instante hacia el corredor y vio al conductor del vagón que acababa de levantarse de la cama de que dispone para descansar durante el viaje.

Avanzó por el corredor sin disimular su presencia. El conductor le vio y le saludó con una sonrisa. David pasó por delante de la puerta de su apartamento para dirigirse hacia el empleado que solícito fue a su encuentro.

—¿Necesita algo?

—No, gracias. He ido al lavabo. ¿Qué estación es ésta?

—Estamos en Calatayud, señor. ¿Ha dormido bien?

—Pues no sé... El traqueteo me ha despertado varias veces... Por cierto me pareció que nos habíamos detenido bastante rato, ¿no?

Aquella pregunta podía conseguirle una respuesta que le facilitara una respuesta que le diera una información de los pequeños incidentes ocurridos durante su ausencia. Era una argucia más basada en que las mentiras a menudo suelen sacar verdades. En todo caso no perdía nada con preguntar.

Y el empleado le informó ampliamente.

—¡Oh, sí! Estuvimos unos diez minutos. Seguramente no teníamos vía libre.

—Pues a mí me pareció una hora. Hay que ver cómo se pierde la noción del tiempo cuando se duerme.

—Sí, a mí también me pasa a veces.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

David se dirigió a su departamento a sabiendas de que tendría que llamar nuevamente al empleado. Fingió primero que no podía abrir la puerta y cuando el conductor lo advirtió se le aproximó:

—¿Ocurre algo?

—No lo sé. Acabo de salir y no puedo abrir.

—A veces se atascan. Déjeme a mí. —Y el hombre probó sin el menor resultado, como era lógico.

—¡Caramba! Parece que esté cerrada por dentro.

—Pues como no haya sido un fantasma...

—No se preocupe. Precisamente el apartamento contiguo va vacío. Tiene puerta que comunica. Voy a buscar la llave.

La cosa se arregló en menos de tres minutos y David pudo entrar en su apartamento por el vecino de la parte más cercana a la plataforma.

—¡Vaya! —exclamó el empleado al ver el baldón puesto—. Si no lo veo no lo creo.

—¿Cómo se ha podido cerrar? —preguntó ingenuamente David.

—Hum... a lo mejor estaba levantado y cuando usted cerró cayó solo. Una vez ya nos ocurrió.

—Menos mal que se ha podido solucionar.

—No faltaría más. Que descanse.

—Lo procuraré.

Bueno. David volvía a estar en el compartimiento número siete del expreso Costa Brava... ¿Quién, excepto Carlos Antolín, podía probar que había estado ausente más de siete horas?

Cuando se tumbó en la litera sonrió abiertamente.

¿Quién sería capaz de hacer creer al simpático conductor del tren que el viajero de la siete no había dormido toda la noche en el tren?

¡Y además el detalle de la corta espera antes de llegar a Zaragoza!

Era una insignificancia, pero un detalle al fin y al cabo.

Cansado más por la emoción que por las horas en vela, David se quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO V

A las nueve y cincuenta y siete del domingo, el expreso se detuvo en la estación de Chamartín.

David saludó al empleado que le devolvió el carnet de identidad y saltó del tren. Un mozo le llevó las dos maletas y el neceser hasta el taxi.

Más o menos a la misma hora, una muchacha de pelo negro y ojos grandes se llevaba el «Seat 1500» que David había dejado estacionado en Calatayud.

La muchacha utilizó un juego de llaves que llevaba consigo y condujo el automóvil en dirección a Zaragoza, para luego proseguir hasta Barcelona.

Aquella chica, de hermoso aspecto, era Laura, la secretaria de David.

Y éste de nuevo en Madrid, se hizo conducir hasta una casa de alquiler de coches.

El chófer le indicó algunas que estaban abiertas incluso en los domingos por lo que no le fue nada difícil conseguir un coche, bastante nuevo, tras firmar los formulismos de costumbre.

Ahora sí que podía decir que todo había salido perfectamente.

¿Todo?

Claro que si algo que a él hubiera podido escapársele había fallado, tratándose de un experimento no habría perdido nada, pero David había obrado en todo momento como si fuese un delincuente de verdad, como si viviera en la piel del hombre que prepara su coartada.

Para él el éxito que buscaba era para su propia satisfacción. No importaba que no existiese un crimen y que cualquier error no significara una condena. «Quería» tener para sí la seguridad de no haber fallado. Eso es lo que se había propuesto desde el principio de aquella extraña aventura. Y creía haberlo conseguido.

Sin embargo...

Retrocedamos unas cuantas horas...

Mientras él tomaba el tren en Calatayud. En Madrid su amigo, Carlos Antolín, estaba ya equipado para partir hacia Navacerrada.

Además de los esquís, el breve equipaje y un par de libros, dejó en el coche el billete que podía probar que David estuvo de madrugada en su casa, aparte de que el propio Carlos podría dar fe de lo mismo, llegado el momento.

Y mientras el tren seguía rodando hacia Madrid, Carlos puso en marcha el coche.

Otros automovilistas habían elegido también las primeras horas para encontrar menos tránsito en la ruta de la sierra que frecuentaban tantísimos aficionados al deporte de la nieve.

Carlos, que ya de por sí era poco dormilón, no solía acusar en absoluto la escasez de horas de descanso, sin embargo, aquella madrugada se sentía un poco pesado. Pensó que cuando estuviera en la nieve ya se animaría, pero le faltaban todavía unos cuantos kilómetros. Era oscuro aún, por la hora y por lo encapotado del cielo.

La luz de los faros de su automóvil, iluminaban la carretera y Carlos sentía ese amodorramiento que a algunos conductores les produce conducir de noche.

Y no supo, ni sabría nunca, si fue el deslumbramiento de un vehículo que marchaba en dirección opuesta, o tal vez su somnolencia, pero el caso es que vio focos ante sí a la salida de una curva, hizo una falsa maniobra con el volante, y el piso de la carretera, ligeramente resbaladizo le impidió que pudiera controlar el coche que salió despedido hacia la cuneta dando un extraño giro.

Maniobró de nuevo para enderezar el coche, pero ya era tarde. Las ruedas traseras habían alcanzado el vacío y el auto cayó por la pronunciada pendiente que terminaba en forma de precipicio. La altura no era mucha, pero dio varias vueltas de campana.

Algo debió ocurrir en el sistema eléctrico porque se produjo una chispa y el coche comenzó a arder.

Inmediatamente el otro conductor saltó de su vehículo para auxiliar a Carlos.

Otros conductores bajaron también, pero ya no podía hacerse nada porque el fuego había tomado un rápido e inusitado

incremento.

De veinte accidentes de aquel tipo, diecinueve tal vez hubieran resultado leves, pero el destino es implacable cuando ha marcado la hora de un ser humano, y aquélla tenía que ser la hora de Carlos, que inconsciente y aprisionado en el interior del coche, era consumido por las llamas ante las aterradas miradas de tinos testigos impotentes.

El fuego prosiguió, luego estalló el tanque.

Era el fin definitivo.

Eso era lo que había ocurrido a espaldas de David, que ya había conseguido alquilar su coche, y a las once de la mañana, tras tomar un piscolabis emprendió la marcha hacia Navacerrada.

Cuando llegó al lugar donde su amigo había tenido el accidente de madrugada encontró la Guardia Civil de carretera y algunos curiosos que se habían detenido para mirar el estado en que había quedado el automóvil al fondo del barranco.

La escena no es nueva en los tiempos actuales, aunque siempre impresiona y la curiosidad suele vencer a otros conductores que quieren averiguar lo ocurrido.

David se detuvo y preguntó a un camionero que estaba comentando con otro:

—Ha habido un accidente esta mañana. Un muerto. ¿Ha visto cómo ha quedado el coche? Está todo carbonizado.

Otro comentó por su cuenta:

—El tío que palmó ha quedado irreconocible. Un amigo mío estaba aquí cuando se lo llevaron.

David bajó del auto y se asomó al precipicio, donde sólo alcanzó a ver el coche completamente ennegrecido por el fuego, que lo había dejado convertido en un montón de chatarra.

David lanzó un silbido, dándose cuenta de la magnitud de la tragedia, pero estaba muy lejos de suponer el alcance que incluso para él iba a tener la muerte de su amigo.

Continuó el viaje y trató de olvidarse de aquello, que aun sin sospechar en lo que le afectaba, le costaba quitarse de la cabeza el terrible mal efecto.

El entierro se efectuó al día siguiente.

Consternado todavía, desde que supo la noticia, David había

permanecido en Madrid, junto con dos parientes lejanos del difunto que acudieron para el entierro. No había más familiares, pero sí un buen número de amigos del finado.

Estaba también Gerardo Sala, inspector de la Brigada de Investigación General, adscrito a la dirección general de Seguridad de la plantilla de Madrid.

Tras el entierro, efectuado por la tarde, David no se sentía muy hablador.

Sala le preguntó:

—¿Cuándo te enteraste?

—Habíamos quedado en encontrarnos en Navacerrada. Llegué en el expreso y alquilé un coche. Por la carretera me enteré que había habido un grave accidente, pero jamás pude suponer que se trataba de Carlos. Me extrañó no encontrarle en el hotel y pensé que se había retrasado. Pasó el tiempo; llamé a su casa y no contestaban. Entonces todavía no se me ocurrió pensar en la verdad... En fin..., fue por la tarde, cuando encontramos un fragmento de su carnet de identidad, lo único que quedaba. Solamente podían leerse sus dos apellidos.

—Desde luego uno nunca piensa que esas cosas puedan sucederle a un amigo, ni a uno mismo siquiera, y sin embargo, ocurren.

Anduvieron en silencio hasta el automóvil alquilado de David, con el que habían hecho el viaje hasta el cementerio.

David se puso al volante y durante un buen rato ninguno de los dos rompió el silencio.

Fue el policía quien, para decir algo, preguntó:

—Entonces, viniste en el tren...

—Sí. Es decir... Bueno. ¡Qué más da! Sí, en el tren. —En aquellos momentos tampoco se sentía con humor para explicarle su extraño proceder, incluso dadas las circunstancias se le antojaba estúpido.

Por unos momentos, recordó las palabras de su amigo.

«Siempre hay algo que sale mal».

Sí... «Algo había salido mal». Y si tuviera que presentar como coartada su estancia en Madrid, mal podría hacerlo, si su único testigo había muerto.

Pero aquél había sido un juego estúpido, casi una niñería lo

consideraba ahora... Y procuró distraer sus pensamientos.

Después de todo, él no tenía la culpa de que Carlos hubiese tenido el accidente.

Se hizo otro largo silencio.

Gerardo Sala, que aparentaba unos treinta y tantos años y vestía con suma corrección preguntó:

—¿Regresarás hoy?

—Sí, devolveré el coche y sacaré un billete de avión. Pensaba quedarme unos días, pero ahora no me siento con ánimos.

—A mí me ocurre igual.

—¿Sigues de permiso?

—Toda esta semana. ¿Y tú? ¿Mucho trabajo?

—No puedo quejarme, tengo cosas pendientes. Siempre tengo encargos pendientes.

—¿Y todo bien?

—Oh, sí..., si...

—¿Muchos crímenes prefabricados? —sonrió el policía queriendo aliviar un poco aquella tensión por el recuerdo de lo ocurrido al buen amigo que acababan de enterrar.

—Lo que la gente pide: violencia, misterio, suspense, terror...

Hablaba sin entusiasmo, como si después de estar tan acostumbrado a «fabricar» muertos en sus novelas y guiones, comprendiera que cuando esas muertes se producían de forma «real» tenían muy poco de novelesco y la pérdida de la vida era algo mucho más serio de como suele tratarse al escribir o de cómo los aficionados lo aceptan con la mayor naturalidad.

—Bueno, déjame aquí, quedó en reunirme con unos compañeros. ¿Cenarás antes de marcharte?

—Ahora no podría. Gracias, Gerardo. Me alegro de haberte podido saludar. Ya nos veremos en otro momento. ¿Piensas ir por Barcelona?

—Si no se trata de un caso especial, mi trabajo lo tengo aquí.

—Sí, claro. Hasta la vista.

Ésta fue la despedida. Luego David fue a devolver el coche alquilado y aquella misma noche, sin ficción de ninguna clase, tomó un avión para regresar a Barcelona.

CAPÍTULO VI

Laura, a la que él no llamaba «secretaria», sino colaboradora, regresó al día siguiente tras su estancia en Zaragoza, donde había ido a visitar a su familia.

Regresó con el coche.

A las diez y media de la mañana ya estaba en el estudio de David, enterada de la noticia, de la muerte de Carlos.

—Siento lo de tu amigo —murmuró.

—Sí, no fue muy agradable...

Ella examinó los papeles, las cuartillas. El permanecía fumando, en pie tras los cristales de la terraza, mirando hacia un punto inconcreto.

—David... —interrumpió ella—. ¿Estás pensando?

—No, no... Nada en concreto.

—Bueno, quería decirte que todo salió bien.

—¿Eh? —inquirió él distraídamente—. ¡Ah, ya! Sí... Quieres decir lo del coche.

—Exacto. Lo encontré aparcado en Calatayud, tal como habíamos quedado. No habían puesto ninguna multa ni nada por el estilo. Creo que tampoco nadie se fijó en mí.

—Eso ya no tiene importancia ahora.

—¿No has hablado con tu amigo policía?

—No. ¿Para qué?

—¡David! Tú no tienes la culpa de lo ocurrido.

—Lo sé, Laura, lo sé... Pero qué quieres que te diga... Con Carlos, aun estando distanciados, nos apreciábamos, era mi razón de que yo fuera a Madrid más veces de las que hubiera ido de no residir él allí. Y a Carlos le ocurría lo mismo. A veces... A veces tengo la sensación de que... Bueno, es una tontería, pero él dijo que algo saldría mal...

—No pienses en esto, David. No tiene sentido. Lo que hiciste, a

mí también me habría parecido un poco raro... de no conocerte, pero sé que necesitas experimentar. Es como una distracción para ti y me hago cargo... Pero la muerte de tu amigo no la puedes relacionar con esto... Bueno. ¿Quieres que haga algo?

—No, hoy no. Estoy cansado. No haré nada.

—Ese guión que te pidió Marcel para Francia...

—Hay un esbozo hecho, pero no tengo que entregarlo hasta finales de semana.

—¿Tengo que ir a algún editor?

—¡No, si quieres puedes pasar en limpio esas cuartillas! Es una novela que empecé para Ediciones Augusto. Tendrás que corregir bastante, lo hice muy aprisa. Creo que estoy más o menos a la mitad.

—Está bien. Me pondré a trabajar ahora mismo.

—Yo voy a salir a dar una vuelta.

—Te he subido los periódicos.

El se encogió de hombros. Tampoco quería leer en aquellos momentos.

Salió de su estudio y comprobó que su coche estaba apareado en la esquina. No lo tomó. Tenía la necesidad de andar, de que le diera el aire frío de enero en el rostro.

Tampoco se había abrigado demasiado, llevaba puesto el pantalón de pana y un jersey grueso de cuello de cisne.

Hundidas las manos en los bolsillos, bajó por la avenida en dirección a la Diagonal. Luego estuvo deambulando sin rumbo, por las zonas de espacios abiertos de la parte alta.

Perdida por completo la noción del tiempo, entró en un bar y pidió un *whisky* doble a pesar de que todavía no había tomado nada de alimento, pero necesitaba algo; algo inconcreto. Desde que había salido del estudio no había hecho más que pensar y pensar. Sus pensamientos eran del todo dispares y en ellos se mezclaba la realidad con la fantasía. Iba del lado de su amigo hasta el último capítulo de su novela. Se veía a sí mismo en el expreso Costa Brava y en el avión. Recordaba la breve charla con Carlos en Madrid y el entierro. Era una sucesión de ideas encontradas y diferentes, que amenazaban con hacer estallar su cerebro que no podía concentrarse en nada.

Pidió otro *whisky*, doble también. Lo bebió igual que el primero

sin darse cuenta.

Miró el reloj distraídamente al ver que entraba bastante gente. Pensó que debía ser la hora del aperitivo y no se equivocó. Faltaba poco para las dos.

Escuchó los comentarios variados de la gente. Unos hablaban de fútbol, de los partidos del domingo, de la pretendida crisis del equipo del Barcelona.

—Este año volverá a ser campeón el Madrid. Vas a ver.

—Yo diría que el Barcelona todavía cuenta.

—Son demasiados puntos... Si no se hubiera dormido al empezar la liga...

Otros hablaban de sus planes.

—¿Qué tal la secretaria?

—Nada. Es de esas que creen saberlo todo, pero que a la hora de la verdad se ponen a temblar. No quiero complicaciones.

—Pues nosotros conocimos a un par de alemanas de aúpa... Esas han venido a España a buscar plan. Tuvimos que dialogar en inglés y era para troncharse, porque casi no nos entendíamos...

Todo eso lo oía David sin escucharlo, mezclándose con sus pensamientos.

Como lo que dijeron los que estaban más cerca de él, por ejemplo.

—¿Han dicho algo más del crimen?

—Por ahora no. Todos los periódicos dicen lo mismo.

—¿Y por qué diablos habrán matado a ese tipo? ¿Se sabe al menos si viajaba solo?

—En la noticia se dijo al menos que sí, que viajaba solo. Era editor.

David arqueó las cejas... Había oído la palabra «crimen» luego editor...

Escuchó.

—Aquí está la nota de *La Vanguardia*. «Extraño asesinato del editor Francisco Diez Almela». Esto ya empieza a ser como en las películas.

—¡Diez Almela! —exclamó interiormente David.

—¿Les importaría dejarme leer ese periódico un instante? —preguntó David.

Los que hablaban del crimen, le miraron extrañados. El rostro de

David, ojeroso y cansado por falta de descanso, llamaba ligeramente la atención y después su pronunciado aliento a *whisky*.

Tomó el periódico y leyó la reseña completa.

«Extraño asesinato del editor Francisco Diez Almela.

»El hecho ocurrió durante la noche, en un compartimiento-cama del expreso Costa Brava, que hace la ruta de Port Bou a Madrid por Barcelona.

»El editor tomó el tren en Barcelona y al parecer se dirigía a Madrid en viaje de negocios, cuando encontró la muerte de una forma trágica.

»Sin más datos a la hora de escribir esta reseña, a primera vista parece ser que el criminal dio muerte a su víctima disparándole cuatro balas a quemarropa.

»La ausencia de ruidos hace suponer que el arma homicida iba provista de un silenciador.

»No se sabe exactamente todavía en qué punto del trayecto se produjo el suceso, toda vez que el cadáver no fue descubierto hasta llegar a Madrid, cuando el encargado del vagón, extrañado por no haber visto salir al pasajero, llamó a su puerta repetidas veces, entrando al fin y descubrió el macabro hallazgo...»

David dejó el periódico sobre el mostrador y pálido como la cera se dirigió hacia la calle.

—¡Eh, señor! —El camarero le llamó la atención porque se había olvidado incluso de pagar.

Volvió como un autómeta.

—Son doscientas cuarenta pesetas, señor.

—Sí..., sí... Ahí tiene. —Dejó trescientas pesetas y ni siquiera esperó el cambio.

Los que le habían prestado el periódico mirábanle extrañados.

Ignoraban los motivos que tenía David para sentirse impresionado.

Conocía a Diez Almela. Le conocía bien. Además le había visto en el tren, poco antes de que saltara del vagón para ir al aeropuerto.

¡Era el hombre casi calvo, en mangas de camisa, de corta estatura y prominente abdomen!

¡Y había sido asesinado en el mismo expreso!

CAPÍTULO VII

Abrid la puerta de su casa y cruzando el vestíbulo llamó excitado:

—¡Laura, Laura...!

Ella apareció en el umbral de la puerta del estudio.

—David... —empezó la joven.

—Laura... —Iba a explicarle la noticia que acababa de leer, cuando vio que detrás de la muchacha aparecía un hombre bien vestido de aspecto correcto y mirada penetrante.

Tuvo un presentimiento y acertó.

—David, estos señores...

«Señores» porque había otro que asomó inmediatamente.

El primero que había visto avanzó presentándose a sí mismo:

—Somos inspectores de policía. ¿Es usted el señor David Sender, verdad?

—Sí, sí...

—Bien, tenemos que hacerles algunas preguntas.

—¡Ah, sí... sí...!

—¿Me necesitas, David? —preguntó Laura.

—No, no puedes irte. De todos modos es tarde. No vuelvas hoy ya.

—No he terminado todavía.

—No corre prisa.

—Está bien..., como quieras. —Y la muchacha recogió sus cosas, miró a los policías, luego a David y fue a decir algo, pero se abstuvo de hacerlo.

Cuando David quedó solo con los dos hombres, trató de serenarse. Suponía por qué estaban allí.

—¿Quieren sentarse?

—Siéntese usted, si gusta. No estaremos mucho tiempo. Supongo que ya imagina porqué estamos aquí.

—Bueno. Acabo de leer en el periódico que... Pero la verdad es que yo... hace tiempo que no tenía tratos con el señor Diez Almela.

—O sea que se enteró por los periódicos... Y esperaba que le visitáramos.

David se reprochó su estupidez. ¿Por qué tenía que esperarlo? Claro que si existía algún motivo... Existía, pero ¿por qué inquietarse?

¡Justamente él, que se tenía por un hombre sereno, equilibrado, que era maestro en crear protagonistas inmutables, sobrios y seguros..., de repente se encontraba casi temblando porque dos inspectores venían a hacerle preguntas sobre un crimen!

¿Dónde estaba aquella sangre fría en la que creía verse identificado, cuando describía a sus héroes?

Se reprochó mentalmente su azoramiento, aunque lo achacó al cúmulo de circunstancias. Pensó que si las cosas se hubiesen producido de forma distinta también lo hubiera sido su forma de reaccionar, pero es que en un momento —acostumbrado como estaba a pensar rápido— pareció darse cuenta de todo y llegó hasta mucho más allá, cuando en realidad sólo pretendían hacerles unas preguntas.

—Su secretaria nos dijo que el sábado fue usted a Madrid... —dijo uno de los inspectores atajando sus pensamientos.

—Sí, sí y tomé ese mismo tren... El Costa Brava.

—¿Sabía que el señor Diez Almela viajaba también en el mismo tren?

—Pues no. Bueno, la verdad es que le vi un instante dentro de su apartamento.

—¿Hablaron?

—No, no. El señor Almela y yo tuvimos unas discusiones hace tiempo.

—Sí. Eso ya lo sabemos.

—¿Lo saben?

—Estuvimos en su oficina. Le confesaré que éstas son las primeras investigaciones y, como es natural, sabemos muy poco de los motivos que hayan podido impulsar a una persona o personas a cometer un crimen... Así en principio y dado a que no parece que en el compartimiento que ocupaba el señor Almela se hubiese producido lucha, hay que admitir que el asesinato se produjo,

digamos de forma inesperada y hasta existen motivos para creer que el criminal disparó cuando su víctima dormía, o estaba adormilada. No sabemos si se despertó o no. En fin, sigamos.

—Yo sólo le vi un momento —repitió David.

—¡Ah! Le decía —interrumpió el inspector, siguiendo con lo que estaba diciendo, momentos antes—. Entre las muchas hipótesis que se pueden barajar como móviles, no hay que descartar que puede tratarse de una venganza, por eso hemos querido conocer datos y nombres de personas que por alguna causa u otra estuvieran enemistados con el señor Almela.

—Bueno, pero...

El policía le tranquilizó con una sonrisa.

—Todo el mundo discute alguna vez y nunca faltan enemigos. Eso no quiere decir que todo el que haya amenazado de palabra a alguna persona esté dispuesta a matarla.

—Escuchen, yo he sido el primer sorprendido... No había leído periódicos, ni siquiera en Madrid. Fue ahora hace un momento. En el bar.

—Se nota que ha estado usted en el bar.

—Sí. Debo oler terriblemente. Es que tampoco he dormido.

—Se le nota nervioso...

—Han pasado cosas y... Bueno...

Calló. Los dos hombres le miraban en silencio como para dejar que el escritor continuara hablando, pero lo único que hizo fue preguntar:

—Bueno... Yo creo que no puedo ayudarles mucho.

—Su secretaria nos dijo que tenía usted una colección de armas...

—Sí, sí... —Y David indicó una pared donde podían verse revólveres antiguos, puñales, dagas, todo colgado de forma decorativa en un entrepaño del estudio.

—Ya las hemos visto. ¿Esas armas son todas?

—Bueno, tengo otras. Un revólver y dos pistolas. Las tengo registradas. Poseo licencia.

—¿Puede mostrarme esas armas y los permisos?

—Sí, claro.

David abrió un cajón y sacó dos armas, un «Colt» auténtico del calibre 33, una «Magnum» de reglamento en el FBI americano y...

nada más, aunque pareció sorprendido porque seguía buscando.

—¿Es esto todo lo que tiene? Creí que había dicho tres.

—Sí... Tengo una pistola.

—¿De qué marca?

—«Astra». Les mostraré la licencia.

David solía ser bastante ordenado, pero aun así le costó bastante trabajo dar con la carpeta donde guardaba los documentos oficiales que le interesaba tener a mano. Al menos en aquellos momentos de búsqueda se le antojaron eternos.

Cuando el policía hubo leído las licencias las pasó a su compañero al tiempo que preguntaba a David:

—¿No tiene idea de dónde guarda esa pistola?

—No. La verdad.

—¿Cuándo viaja suele llevar armas?

—¡Oh, no! No... Las tengo como curiosidad... Escribo cosas de tipo policíaco, a veces el detalle de un arma facilita una idea... No entiendo dónde está, puede que la haya cambiado de sitio.

—Búsquela, señor Sender, por favor.

—¿Por qué tiene tanto interés?

—Las balas halladas en el cuerpo del señor Almela procedían de una pistola «Astra», modelo especial para poder ser utilizada con silenciador. ¿Tiene usted silenciadores para armas de fuego?

David sintió un escalofrío.

Empezaba a sospechar algo, algo que rápidamente iba tomando forma muy concreta. Demasiado concreta.

Tras otra búsqueda, tuvo que admitir que tampoco sabía dónde estaba el silenciador, pero que era cierto que poseía uno.

—Sí... Podía ser aplicado a un «Astra» —admitid.

Por último el inspector sacó de su bolsillo, un sobre abierto y, aproximándose a una mesa, dejó caer el contenido. Era un encendedor. Un encendedor a gas, de bolsillo con unas iniciales D. S.

—¿Lo reconoce, señor Sender?

David observó aquella pequeña pieza con los ojos casi fuera de sus órbitas.

—Es mío, sí, pero...

—¿Lo perdió usted?

—Inspector... ¿Dónde lo ha encontrado?

—En el compartimiento de la víctima.

—No, no —murmuró David tratando de esbozar una sonrisa—. Esto sería como... alguna de mis novelas.

—Le aseguro que no se trata de ninguna novela, señor Sender. Usted ha dicho que el encendedor era suyo ¿no...?

—Hace muchísimo tiempo que lo había perdido. Es decir... Perdido no es la palabra exacta. Tengo muchos encendedores... Luego se me olvida poner gas y... prefiero usar las cerillas hasta que... Mire, mire... Abrió un cajón de su mesa y sacó un verdadero montón de encendedores a gas y gasolina. Había nueve.

—De acuerdo, pero este funciona y estaba en el compartimiento del señor Diez Almela.

—No lo comprendo. De veras. No lo entiendo.

—Señor Sender, haga el favor de acompañarme. Se lo ruego —murmuró el inspector con fría cortesía.

David comprendió que no podía negarse a ello...

Y mientras miraba en silencio a los dos hombres de la Brigada de Investigación Criminal que tenía ante sí, sin saber por qué volvió a recordar las palabras de su amigo:

«Las cosas nunca salen como se han planeado... Siempre hay algún fallo».

¡Pero él había matado al editor! ¡El era inocente!

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

A David Sender no le habían acusado oficialmente. Lo único que se esperaba de él era una declaración completa.

—Usted estuvo hablando con el señor Diez Almela, de lo contrario no existiría razón alguna para haber hallado su encendedor en el compartimiento del tren, donde dicho señor Diez Almela fue hallado muerto de cuatro balazos... Por cierto... ¿Qué hay de su pistola marca «Astra» que no ha podido presentar?

David estaba más sereno que en su casa. Había comprendido y aceptado la ironía del destino, la jugarreta que nunca hubiese podido suponer, lo último, lo inesperado... Y se centró, comprendiendo que sólo tenía un modo de apartar de sí toda sospecha. Y ese modo era explicar la verdad.

Pero ¿cómo empezar? ¿Cómo justificar aquella mascarada que había urdido y llevado a cabo con la ilusión de un colegial en su primer día de novillos?

No. Explicar la verdad simple y llanamente se le antojaba casi ridículo. ¡Claro que podía probar todo aquello, pero le parecía absurdo! Le tomarían por loco o acaso... hurgarían a fondo en lo que podía tener trazas incluso de una coartada.

Por todo ello David Sender quiso ser objetivo y empezar por donde debía.

—Señor comisario... Todo lo que yo puedo decir para demostrar que nada tengo que ver en lo que ocurrió en el tren es demasiado..., demasiado fantástico, sólo puedo pedirle una cosa y espero que me sea concedida.

—Nosotros queremos únicamente que nos explique la verdad.

—Ustedes la sabrán, señor comisario. —Y miró a los dos inspectores que se hallaban en el despacho del superior que era quien había tomado a su cargo la investigación.

—Bien... ¿Qué podemos hacer por usted? —inquirió el

comisario.

—Tengo un buen amigo... Está en la Brigada de Investigación Criminal de Madrid. Actualmente tiene permiso hasta este fin de semana. Se llama Gerardo Sala.

—Sí. Le conozco —contestó el comisario.

—Bien. Yo les ruego que se pongan en contacto con él y que les explique lo que ocurre y le pidan que venga aquí, de mi parte.

—¿Puedo saber por qué...?

—Lo que tengo que decir, señor comisario, Gerardo Sala lo entenderá perfectamente, y tiene por delante mi palabra de hombre que yo no maté a Diez Almela, aunque tenía motivos para odiarle.

—Su petición no es muy corriente y no alcanzo a comprender...

—Déjeme hablar con mi amigo, señor comisario.

—Bueno, si dice que está de permiso...

—Oiga, sólo delante de él puedo hablar porque lo que tengo que contar es demasiado inverosímil. Se reirían ustedes de mí.

El comisario miró largamente a David en silencio.

Gerardo Sala llegó aquella misma noche. No se hizo de rogar.

El hecho de que el comisario pospusiera el interrogatorio para aguardar la llegada del inspector madrileño no significaba otorgar un trato de favor al sospechoso. David era conocido, el caso estaba oscuro y él no se negaba a declarar. En todo caso, se le habían dado las máximas facilidades y aquella misma noche prosiguió la sesión policial.

David explicó punto por punto lo que había hecho en la noche del sábado, arrancando desde el momento en que se instaló con nombre supuesto, peluca y bigote, en la pensión de la travesía de la calle Hospital.

—Muchas veces hacemos cosas que nos parecen normales, por absurdas y vanas que otro las vea; luego con el tiempo nos parecen estúpidas... Carlos debía pensarlo, pero entonces nos reímos mucho... Ahora siento haberlo hecho, pero tengo que alegrarme porque me permitirá probar que no pasé la noche en el tren... En la pensión tendrán que admitir que tuvieron a un huésped llamado Fernández... No tengo aquí el disfraz que utilicé, pero no creo que eso importe demasiado... Laura recogió el coche que yo dejé en Calatayud cuando volví al tren, pero por encima de todo esto está la lista de pasajeros, de Iberia, del «Caravelle» de las once y media.

Sala lanzó un suspiro y miró al comisario que a su vez había escuchado la historia en silencio y acabó también mirando a los inspectores encargados del asunto.

Aquellos silenciosos intercambios de miradas eran auténticos poemas hablados, pero que no necesitaban comentario. ¿Cómo comentar aquella fantástica y absurda aventura?

—David... —empezó Sala—. El que yo esté aquí presente a ruegos tuyos, se debe a nuestra amistad, pero el caso no lo llevo yo. El comisario Bardon tiene la palabra. Lo único que puedo hacer en tu favor es rogar que comprueben esto y estar a tu lado... Si me lo hubieses dicho... Claro que es lo más absurdo que he oído en mi vida, pero lo acepto porque viene de ti... Como dices, creo que todo esto se puede comprobar. Pero compréndelo tú mismo.

—Estoy de acuerdo, Gerardo, completamente de acuerdo. Las cosas sólo parecen mal cuando algo sale mal... Cómo podía suponer yo...

—Pero hay lo de tu encendedor...

—Eso no me lo explico, Gerardo. De veras, no me lo explico. Pero escucha... vosotros tenéis que saber a qué hora se supone que murió Díez Almela... De mi comprobaréis que desde Barcelona a Calatayud no estuve en el tren.

El comisario, tras un silencio, leyó un informe y comentó:

—El asesinato, de acuerdo con la autopsia, fue cometido entre... las cinco y las seis de la madrugada...

—Déjeme hacer memoria —repuso David—. ¡Sí! Entre Zaragoza y Calatayud precisamente. Recuerdo bien los horarios. Me los estudié a fondo.

Nuevas miradas, nuevo silencio ante aquella inverosimilitud que se admitía por la presencia de Sala en el interrogatorio y porque a pesar de todo había que aceptar como bueno, algo que según David y según la lógica podía probarse.

—Está bien. Empezaremos mañana mismo —accedió el comisario—. Bueno... Lo de la pensión puede hacerse ahora... —Hizo una seña a los dos inspectores y preguntó a David:

—¿Cómo dijo que se llamaba esa pensión en la que se inscribió con el nombre de Fernández?

—No tiene nombre. Aceptan huéspedes sin pedir ningún formulismo. Les daré las señas...

CAPÍTULO II

La BIC barcelonesa trabajó muy deprisa, más de lo que suponía David, aunque a él le interesaba que el asunto quedara resuelto cuanto antes.

Durante dos días permaneció en su casa, bajo palabra. Sala solía ir a menudo y alguna vez comieron juntos, aunque David más que comer, prefería beber, como para calmar su nerviosismo.

Sala no le habló en absoluto de las pesquisas de sus compañeros, aunque a menudo las seguía de cerca como testigo.

Llegada la tercera noche, David fue convocado nuevamente al despacho del comisario, en la Vía Layetana.

La gravedad del hombre que llevaba la investigación comenzó a inquietarle.

Las cosas no sucedían como era lógico esperar:

—Señor Sender... En esa pensión niegan haber hospedado a ningún Alberto Fernández que tampoco tienen registrado.

—Esto no es cierto, señor. Yo estuve allí. Puedo dar detalles. Además, si voy yo, puedo indicar incluso la habitación incluso en que dormí.

—Permítame continuar —murmuró el comisario y Sala hizo una seña a David queriendo indicarle que se calmara.

El comisario prosiguió:

—Referente a esa pensión ya tomaremos las medidas pertinentes del caso... No se preocupe, eso aún se podría pasar por alto, pero hay más.

Carraspeó y continuó:

—Usted dijo que había dejado su automóvil en Calatayud. Hemos hablado con su secretaria y afirma realmente que ella recogió el coche allí por la mañana del domingo, según le pidió.

—Sí. Ella lo sabía todo desde el primer momento.

—De acuerdo, de acuerdo, pero quiero hacerle notar, que tanto

su paso por ésa, llamémosla pensión y la declaración de su secretaria, no probarían absolutamente nada... El que usted se hubiera inscrito en esa casa con nombre supuesto serviría pues para probar simplemente eso... que estuvo allí. Lo del coche tampoco prueba que usted viajara en él desde Madrid a Calatayud... Su secretaria admite que recogió el auto, pero ella no puede jurar que le vio a usted venir por carretera y luego subir al tren...

—Pero...

—No he terminado.

—Está bien, está bien —aceptó impaciente David.

—Quedamos pues que lo de la pensión no prueba en absoluto que usted no tomase el tren. Y el automóvil pudo usted haberlo dejado en Calatayud cualquier otro día.

David iba a protestar, pero el comisario se le anticipó.

—Hablo en suposición. Usted afirma una cosa y yo se la rebato con otro argumento que no es menos válido que el suyo. ¿Le vio alguien bajar del tren? ¿Le vio subir? ¿Le vio alguien dejar el coche allí? No... Eso lo dice usted y aceptamos que es cierto, pero acepte usted que pudo haberlo dejado allí «antes» sin haber ido a Madrid para nada.

—Está bien, comisario. ¿Y la lista de pasajeros de Iberia?

—A eso iba, señor Sender... Se ha consultado la lista... —Y el comisario tomó un informe escrito que tenía ante sí. Leyó los datos del avión y concluyó:

—En la noche del sábado al domingo, en ese vuelo estaban inscritos cuarenta y siete pasajeros. Su capacidad total es de noventa.

—Sí. Creo que no iba lleno... Bueno, quedaba mucho sitio.

El comisario prosiguió haciendo caso omiso de la observación o comentario de David.

—De esos cuarenta y siete pasajeros, sólo tomaron el avión cuarenta y seis.

—¿Eh?

—Faltaba uno...

—Yo iba.

—Usted lo dice...

—Es verdad.

—Señor Sender Hemos pasado la tarde de ayer y parte de la

mañana de hoy localizando a esos pasajeros. Cuarenta y seis... Todos son auténticos. Es decir han respondido por sus nombres y en los domicilios que figuraban en la lista... Cuarenta y seis —recalcó.

—No... No lo entiendo.

—Cuarenta y seis personas han afirmado que el pasado sábado hicieron el viaje de Barcelona a Madrid en el mismo avión que usted dice haber tomado... Hay un Fernández en la lista, es cierto. Alberto Fernández, con domicilio en la pensión que usted nos indicó.

—Entonces...

—Ese Fernández, señor Sender, sería el pasajero número cuarenta y siete y sólo había cuarenta y seis.

—¡No puede ser! Tiene que haber una equivocación. La azafata debe de haberse equivocado al contar.

—No es una cuestión de la azafata, señor Sender... La comprobación se hace con los resguardos de los billetes. Se cotejan con la lista. Cuarenta y seis resguardos... Un pasajero dejó de tomar el avión.

—¡Yo lo tomé! En un resguardo tiene que figurar mi nombre.

—Los resguardos no se guardan, señor Sender.

—No comprendo. Entonces... Cómo pueden asegurar que...

—Escuche, si las compañías aéreas guardaran los resguardos de los billetes, necesitarían un almacén para ello... Las listas son suficientes... El control es riguroso y está perfectamente claro, cuarenta y seis viajeros... Comprobados...

—De acuerdo... Si yo admito que sólo habían cuarenta y seis, acepte usted que uno de los que ha dicho que realizó ese viaje miente. ¡Tiene que mentir!

—También se podría admitir que por razones de tipo particular, alguien mintiera..., pero nos hallamos ante un caso bastante concreto donde el único que en principio parece tener motivos para mentir es usted.

—¡Gerardo! ¡Por favor, Gerardo! Tú me conoces, tienes que decirle al comisario que yo jamás hubiese inventado una cosa tan burda.

—Señor Sender —interrumpió el comisario—. No lo tome como cosa personal, pero debo advertirle que si usted tiene mucha práctica en inventar historias, nosotros las tenemos en tratar

criminales.

—¡Yo no soy un criminal!

—Por favor, le he dicho que no lo tome como una cosa personal... Pero comprenda también que no estamos acostumbrados a que un asesino confiese llanamente sin oponer dificultades. Se empieza diciendo no y nuestra misión es empezar a trabajar a partir de esa negación... Si dudamos de usted, señor Sender, no es —repito— por nada personal, es nuestra obligación y tendrá que admitirlo usted que es persona inteligente, que su historia es muy poco corriente...

—Lo sé. Esto lo sé, pero hay una verdad incuestionable... Y esto tiene que poderse probar... Debe existir algún medio...

—Bueno, falta hablar todavía con el encargado del vagón. Le interrogaron en Madrid. Ahora lo haremos nosotros, delante de usted.

David quedó pensativo. Luego volvió los ojos a Gerardo Sala.

—Tiene gracia. Yo lo hice al revés. Lo hice, ya te lo he contado, lo hice para borrar toda huella posible de mi viaje en avión. Oficialmente solo hubieran podido probar que había viajado en el tren... Y no lo hice tan mal... Tú mismo puedes darte cuenta, conseguí que todos creyeran..., «creyeráis» —rectificó— que no me había movido del tren... ¡Cielos! Y precisamente lo que tengo que probar ahora es todo lo contrario...

CAPÍTULO III

La prueba ante el empleado del coche-cama se realizó en la misma estación, en un vagón de otro convoy que no tenía que partir. Se trataba de recomponer los hechos tal como los había contado el escritor.

El vagón, aunque otro, era idéntico al de la noche del sábado, con la numeración de los compartimientos exacta y la situación de las cabinas con respecto a los lados de la vida, coincidente también.

David se instaló en la misma cabina que había ocupado y explicó lo que había hecho, repitiendo más o menos las mismas palabras que había tenido con el conductor.

—Yo le dije que hiciera la cama, que tenía sueño. Le entregué mi carnet de identidad y le di una propina.

—Sí, señor, lo recuerdo —admitió el hombre un poco azorado ante aquella situación que también era nueva para él.

David explicó entonces cómo había colocado el baldón para que el compartimiento quedara cerrado por dentro.

Colocó el baldón del mismo modo, salió y cerró la puerta. El baldón no cayó.

—No se ponga nervioso —pidió el comisario—. Repítalo.

David lo hizo, pero en aquella ocasión el baldón cayó para el lado contrario con lo que la puerta quedó igualmente abierta.

—¡Maldita sea! Temía que esto me ocurriera entonces... Y, sin embargo, salió bien.

—Bueno —intervino Sala que raras veces terciaba ni en los interrogatorios, ni en las pruebas—. Admitamos que no hay dos baldones iguales.

—Quizá en aquel vagón fue más fácil.

El empleado admitió:

—De todos modos, es cierto que estaba cerrado. Yo lo vi.

El comisario apuntó:

—También se puede cerrar por dentro y saltar por la ventana...

—Sí, claro, pero... —murmuró el empleado.

El comisario siguió con su hipótesis.

—Se cierra una puerta, se salta por la ventana y luego se sube por la plataforma... ¿Estaba abierta o cerrada la ventana en Calatayud? ¿Lo recuerda?

—Pues no... La verdad.

David negó con la cabeza.

—¡Oh, no! Yo no salté por la ventana. ¿Por qué habría tenido que hacerlo?

—Para contarnos esta fantástica coartada...

—Comisario... Escuche... Usted ha visto mi nombre en la lista de pasajeros de Iberia. Bueno. Ha visto el nombre de Fernández...

—Yo no he dicho en ningún momento que usted «no comprara un billete», en todo caso lo que sí puedo poner en duda es de que usted «tomara ese avión».

—¡Oh! No hay forma de convencerle...

—Sólo estamos empezando. Ya ve que le damos las máximas facilidades y que todavía no se le ha acusado formalmente... Sigamos.

El empleado del tren no pudo testificar con respecto a la huida del vagón por parte de David que indicó el lugar aproximado donde había saltado del tren.

Lo que sí pudo decir es lo que ocurrió en Calatayud.

—Recuerdo que hablamos y que este señor recordaba que el tren se había detenido en alguna parte.

David cerró los ojos ante una nueva prueba en contra suya...

¿Por qué habría planeado las cosas tan bien?

—Eso es interesante... —cortó el comisario—. ¿Dice que el señor Sender recordó que el tren se había detenido?

—Sí. Yo le expliqué que ocurrió antes de llegar a Zaragoza. Esperábamos vía libre...

El comisario cambió una mirada con sus colegas. David murmuró:

—No, no... Yo lo hice para justificar mi presencia... Sé lo he explicado todo, quería dar la sensación de que no me había movido del tren y además probar si el conductor sospechaba algo o no... ¿Es que no lo entienden?

—Francamente, señor Sender, no. No lo entiendo. Todo lo que usted dice, carece de sentido, no existía ninguna razón seria para que realizara esa comedia.

—¡No está prohibido, supongo!

—Viajar con nombre supuesto no es una cosa precisamente legal, y cuando se hace es porque existe un motivo oculto. ¿Cuál era su motivo, señor Sender? Deme una razón convincente.

—Se lo he explicado, se lo he explicado... Únicamente trataba de demostrar que se podía hacer eso... ¡Y vive Dios que lo he demostrado! Aunque sea en contra mía.

—No me convence. No es una razón válida. No tiene ningún sentido, a menos que esté usted loco.

—Por favor —terció Sala—. Déjame hablar con David unos momentos.

El comisario hizo un gesto afirmativo y Gerardo Sala se llevó a David a la plataforma.

—Ya ves cómo están las cosas. Tienes que admitir que el comisario tiene razón...

—¡Maldita sea! No se la des tú por defenderle... Ya sé que es un colega y vosotros nunca admitís haberos equivocado.

—Por Dios, David, no acuses encima. Eres tú quien se ha buscado esto...

—¡Ah, sí! Pues me alegro, porque tarde o temprano podrá comprobarse que viajé en ese «Caravelle». Si no lo habéis hecho ya, es por negligencia, porque creen tenerme cogido... Pero ¿qué clase de policías sois?

—Quieres callarte... No tienes derecho a hablar así. Bastante paciencia han tenido contigo... ¿Es que no quieres admitir lo absurdo de lo que hiciste? Estoy tratando de ayudarte, David. Y quiero creerte, pero te aseguro que si no fueras tú... mi paciencia se habría terminado...

David lanzó un suspiro.

—Lo siento, perdona... Ya he reconocido que fue una estupidez... Pero figúrate que hubiese hecho todo el viaje en tren... Las cosas habrían ocurrido de la misma forma, ¿no? ¡Por favor insisto en que se puede probar que yo tome el «Caravelle»!

—¿Cómo? ¡Dímelo! ¿Cómo? ¿Hablaste con alguien?

—Pero si te dije que hice lo posible para pasar inadvertido,

Sala...

—Ya, ya. Lo dijiste... Pero recordarás a alguien, ¿por lo menos?

—Me senté en los últimos asientos y permanecí leyendo un periódico... No, no me fijé en nadie. Pero tal vez pueda recordar...

—Es inútil... Las pruebas que se necesitan son testimonios. Alguien que estuviera sentado a tu lado...

—Tenía una prueba, Gerardo. La mejor. Carlos, pero ha muerto.

—Sí, se ha muerto, admitió el policía.

—Allí quedó mi billete, la peluca, las gafas y el bigote... ¡Cielos! ¡Tiene que estar allí!

—Una peluca, unas gafas y un bigote no pueden hablar, David.

—Entonces cómo crees tú, que yo puedo saber que están allí.

—De acuerdo, aunque se encuentren, no es una prueba de que tú estuvieras en casa de Carlos a la hora que dices.

—¡Mis huellas! Están en el encendedor... ¿verdad? Pues buscadlas allí también. Tienen que ser huellas recientes, en el vaso que bebí, en la mesa. En cualquier sitio donde puse mis manos. Vosotros podéis comprobar que son recientes... ¡Después yo ya no volví a casa de Carlos! Todo debe estar igual, puedo describirlo. ¿Serviría esto?

CAPÍTULO IV

No. En Madrid no había ninguna prueba, ni huellas ni nada. Todo estaba limpio.

La asistenta había ido como siempre a limpiar la casa. No recordaba haber visto nada extraño cuando acudió el lunes..., que precisamente todavía ignoraba que el inquilino del apartamento estaba muerto.

Puede que hubiesen vasos, pero los había encontrado otras veces. Desde luego, no había ninguna peluca, ni bigote.

—Carlos debió llevárselo todo —murmuró David tan pronto lo supo—, y se quemó en el accidente. ¡Dios mío! Si yo pongo una cosa de éstas en un guión, tengo que estar horas pensando para que resulten verosímiles, y de repente me pasa a mí con la mayor sencillez... Pruebas por todas partes que a la hora de la verdad se esfuman...

Sala pasó la mirada por el estudio del escritor donde se encontraban ambos en esos momentos.

Tras un silencio, David, preguntó:

—¿Cuándo van a detenerme?

—Es como si ya estuvieras detenido, pero aunque no lo creas siguen trabajando, comprobando...

—Pero no hacen lo que deben... Vamos tú y yo a hablar con esos pasajeros del «Caravelle». Uno miente, uno no hizo el viaje esta noche... Sala quedóse mirando a su amigo.

—Gerardo —insistió David—. ¿Verdad que si pudiera probar que uno de ellos no viajó esa noche en el avión, entonces me creerían? Saldrían los cuarenta y seis y a mí Se me consideraría a uno de ellos.

—Sería la mejor prueba, por supuesto...

—Entonces... tú puedes conseguir permiso... Un día, dos, los que hagan falta...

—Yo también tengo esa lista... Ahí está la copia y el informe. — Y el policía extrajo unas hojas del bolsillo de su bien cortada chaqueta. Y comenzó a leer.

—Había una señora que viajaba con cuatro hijos. ¿La recuerdas?

—No sé. Debió subir antes, ya te dije que procuré no fijarme en nadie... Me pareció ver a unos individuos con cartera de manos... De esos que uno ve a docenas cuando está en el aeropuerto...

—Tú lo has dicho, se ven a docenas...

—No recuerdo a esa mujer, ni a nadie...

—Bueno, ella viajó. Eso está claro... Son cinco personas menos. Seguiremos por el proceso de eliminación.

—Sí, esto me gusta. Continúa.

—Luego estaba Adolfo Espona. Ya sabes el peso ligero. Viajaba con su empresario y su manager. Los tres tenían que estar en Madrid por la mañana. También están fuera de duda.

—Aún quedan treinta y ocho.

—Unos recién casados. Comprobado también. El matrimonio Agostino. Italianos. Comprobado. Dos alféreces con permiso, comprobado...

—Treinta y dos.

—El actor Frank Stassie, americano, viajaba con una amiga. La azafata lo recuerda perfectamente.

—Vamos, vamos, sigue... Todos no estarán tan claros.

—En realidad parece que sí... A excepción de tres pasajeros, pero esto es con deseos de concederte el beneficio de la duda.

—¡O sea que admites de plano lo que os digan los demás!

—Los demás no tienen excusas tan inverosímiles, David. Reconócelo de una vez...

—¿Cuáles son esos pasajeros?

—Uno es consejero de un Banco, una persona bastante conocida. Cuando le localizaron en Madrid, no tuvo ningún inconveniente en afirmar que había tomado el avión. El lunes tenía que asistir a un Consejo y prefería hallarse en la capital... Normalmente siempre suele hacerlo así.

—¿Y habéis comprobado si estuvo allí?

—No es de ese señor de quién se sospecha, sino de ti, pero para tu tranquilidad te diré, que se hicieron algunas averiguaciones, ese individuo posee un apartamento en Madrid...

David pegó un bufido.

—¿Qué hay de los demás?

—Un viajante de comercio. Un chico joven. Tenía una reunión importante.

—¿En domingo?

—No nos importa cuando la tuviera. El domingo por la noche, al menos estaba allí reunido con unos amigos.

—¿Y el otro?

—Es la señorita Stella Darnell. Americana. Tiene aficiones literarias y viaja a menudo, dice que piensa escribir un libro con sus impresiones sobre España... Tiene novio formal en Barcelona y piensa venir a vivir aquí. Fue a Madrid precisamente para liquidar su apartamento y arreglar unas cosas para volver aquí y casarse. Es lo que hemos podido saber, pero ten en cuenta de que no se trataba de un interrogatorio a fondo, únicamente de que confirmaran si habían tomado o no, el avión.

—Bien... Si a tu juicio, que de estas cosas entiendes más que yo, sólo tienes como dudosos a esos tres, uno miente...

—Es posible.

—Si el avión hubiese salido con la lista de pasajeros completa... todo habría sido más fácil, ¿no? Os faltaría Fernández. ¡Y Fernández soy yo! Entonces no tendríais más remedio que ir a la pensión que os he indicado y allí cantarían.

—Mira David... Si en esa pensión entraste sin mostrar tu carnet de identidad y te aceptaron, sólo por eso ya cometieron una infracción. En parte es lógico que se nieguen a aceptar tu estancia, pero hay más... Aquello es inmundo. No reúne condiciones de ninguna clase, y como pensión dejará de existir... La mujer es una alcohólica.

—Eso ya lo sé.

—Y el marido está reclamado en varios juzgados. Se ha largado... Se hacen gestiones para localizarlo... No obstante todo, mientras no se demuestre que tú tomaste ese avión, todo lo demás es completamente secundario. Entiéndelo bien.

—Sé cómo probarlo, Sala.

David lo dijo convencido de que por fin, tenía algo sólido y concreto que hasta le parecía extraño no haberlo pensado antes.

—Los taxis —sonrió—. Fui de la estación al aeropuerto, en

Barcelona, y luego, de Barajas a Diego de León. Buscad a los conductores... Yo no puedo estar en dos sitios a la vez. ¿Verdad? Pues bien. Llama al comisario.

—David —sonrió Sala paternalmente—. ¿Es posible que tengas a la policía en tan poco?

—No te entiendo.

—Tú me contaste tus pasos uno por uno, ¿verdad?

—Sin omitir detalle.

—Explicaste de los medios que te habías valido.

—Claro y nombré los taxis...

—Ya se han cursado avisos, a través de las cooperativas y por los periódicos. Se ha dado el itinerario que tu mismo dijiste. De la Estación de Cercanías al aeropuerto en Barcelona, y de Barajas a Diego de León, en Madrid, con expresión de la hora que también tú mismo dijiste...

—¿Por qué no empezabas por aquí?

—Porque no hemos recibido noticias todavía.

—Pero tienen que contestar. Los conductores no olvidan carreras de este tipo, son largas y les dejan un buen beneficio.

—De acuerdo, pero no están pendientes de nosotros. Puede que ni se hayan enterado de nuestro aviso.

—Pero hablaron con los compañeros...

—Eso esperamos.

—¡Oh, Sala! Ya dije que no podía ser tan difícil... Una persona no puede pasearse ante otras sin dejar un pequeño rastro, una pequeña prueba de su paso donde sea...

Y David encendió un cigarrillo con la sonrisa a flor de labios. Todo aquello le parecía una pesadilla absurda y sin sentido... Cuando cualquiera de los dos conductores certificaran que le habían llevado a los sitios que él indicaba se habría terminado todo. Comprenderían —y tendrían que admitirlo—, que no podía estar en dos sitios a la vez.

CAPÍTULO V

Hay docenas, quizá cientos, o miles de personas, que aceptan lo que ven en cine o TV, como cosa natural, aunque algunos luego comenten que la realidad es distinta.

Si se trata de una obra de misterio, los más entendidos suelen decir: ¡Oh, esto no resiste un análisis! Y en parte tiene razón, porque la realidad suele ser distinta, tan distinta que a veces —muchas veces—, resulta más fantástica.

David tenía a la vista casos reales ocurridos en España de gente desaparecida sin dejar rastro... El paso de los años no había aclarado el misterio.

Tenía también todas las notas aparecidas en la Prensa del caso, de un niño francés. —Jean Luc—, desaparecido en Darnius, en zona fronteriza con Francia, igualmente insoluble, y otros.

David, basándose en hechos reales, había urdido historias que a muchos también se les antojarían fantásticas, y que incluso él mismo había acabado confesando que sí, que lo eran, pero que había que admitirlo porque la realidad superaba con mucho a la fantasía.

Buscaba la perfección en sus relatos, pero siempre quedaban resquicios abiertos para la duda que permitirían al lector o espectador avispado decir: «Pero si se hubiese hecho esto, lo otro o lo de más allá, eso no hubiera sucedido».

Pero ¿y ahora qué?

Ahora una circunstancia novelesca le convertía en protagonista de un relato que en parte lo había urdido él mismo. Los hechos seguramente estaban llenos de errores. Errores que en su caso podían favorecerle, dando una pista a la policía para que le descartaran totalmente del asunto como sospechosos.

Pues bien, a pesar de esas pruebas o de esos fallos, todavía no había surgido la menor llamita, la más insignificante chispa que

permitiera a los encargados del caso poder descartarle.

¿Por qué no contestaban los conductores de los dos taxis de que se había servido en la aventura?

¿Por qué tuvo la desgracia de que en la lista de pasajeros del «Caravelle» de Iberia figurara un pasajero menos?

¿Por qué ya de entrada los de la pensión no habían admitido tenerle como huésped?

Si esto último no probaba que había tomado el avión, probaba por lo menos que no había mentido al decir que adoptó el nombre supuesto de Alberto Fernández... Claro que luego «tenía que probar que utilizó su billete», y eso tampoco podía probarlo.

Y por fin los conductores... ¿Es que la gente no lee periódicos? ¿Es que no se enteran de lo que pasa a su alrededor?

Si dieran mayor publicidad al asunto... ¡Pero la daban!

Las primeras informaciones ya habían salido a la lú del brazo de las revistas especializadas. Entonces... ¿Por qué no salían esos hombres, esos chóferes de taxis? ¿Era posible que tal cosa sucediese?

De momento lo era.

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por la llegada de Laura. ¡Casi ni se acordaba de ella!

—Quise llamarte por teléfono. Deseaba verte, pero me dijeron que las pocas veces que vuelves al estudio, nunca estás solo.

—Gracias por haber venido, Laura. La verdad es que cuanto más pienso en esto más me parece que voy a despertarme cualquier día y... ¡Bah! No tiene sentido. Nada tiene sentido.

—A mí también me hicieron preguntas. Tuve que decirles que no te había visto en Calatayud, pero les aseguré que yo misma había llevado el coche a Madrid, y que lo aparqué allí en una calle cerca de Diego de León, pero no me hicieron ningún caso.

—Sí, que hicieron caso, lo que ocurre es que esto no es prueba suficiente. Tú no puedes jurar que me viste en Madrid, ni en Calatayud.

—Eso no, pero... Ese amigo tuyo... A veces le has consultado cosas... El tiene que creerte. Me refiero al policía.

—No basta que él me crea. ¿No lo comprendes? No es una cosa entre conocidos. Hay un crimen de por me dio... Y yo conocía a la víctima, y era además un acérrimo enemigo suyo que le había

amenazado.

—Yo también les dije qué dase de persona era Diez Almela. Les expliqué que nos habíamos conocido allí.

—Hubiera preferido no mezclarle en esto, Laura.

—¿Por qué no? Dije la verdad.

—¿Qué les contaste?

—Que tuve que dejar aquella editorial porque Diez Almela era un cerdo. Eso les dije. No me gusta hablar mal de los muertos, pero tenía que decirles la verdad. Les conté que tuve que marcharme de aquella casa porque una chica decente no podía trabajar allí.

—¿Te preguntaron por qué discutí yo con él?

Laura asintió.

—Dije lo que sabía. ¿No habré hecho mal, verdad?

—¡Oh, no! Yo también dije la verdad... Que me debía dinero de unos trabajos y que me los devolvió al cabo de un año cuando había vendido los derechos a una editorial extranjera, sin mi permiso.

—Y es que estas cosas son difíciles de probar, pero en tu caso eran ciertas, aunque no quedó demostrado —añadió ella—. Les conté lo que había oído. Ellos querían saber si le amenazaste realmente.

—Es verdad que le amenacé. Le dije que en aquellos momentos me hubiera gustado arrojarle por la ventana, pero que ya llegaría la ocasión.

—No. Eso no se lo dije a la policía —aclaró Laura.

—No importa. Es la verdad, pero también lo es que nunca pensé hacerle daño. En todo caso mi venganza ya la sufría ahora. He llegado a ser muy conocido entre los de mi especialidad y sé que Almela hubiera dado cualquier cosa para trabajar para él, aunque sólo fuera una colaboración... Sí. Ésa era mi venganza. ¡Con cualquiera menos con él! Pero de eso a matarle...

—David... Ten confianza. Tendrán que probar quieran o no, que tú cogiste ese avión.

—Claro, claro, pero entretanto las cosas están como están... Me siento como prisionero.

—¿Puedo hacer algo por ti? Me gustaría... No sé...

—¿Te preguntaron algo más?

—Sí, por tus armas. Querían saber si las llevabas contigo cuando salías de viaje. Les dije que yo nunca te había visto con ninguna...

—También se lo dije yo, pero es que... desapareció una de mis pistolas.

—¿Eh...?

—Sí. Y un encendedor, uno que lleva iniciales apareció en el compartimiento de Almela.

—Pero ¿cómo es posible?

—Eso me pregunto yo. Las dos cosas han salido de mi casa. Esto es seguro.

—Pero aquí... ¿Quién...?

—¡Yo qué sé...! He dado algunas fiestas, ya sabes... Tres o cuatro últimamente... A veces hemos sido sesenta, puedo recordarles a casi todos, aunque haya algunos que los trajeron los compañeros... Recuerdo a ese de las barbas que dice que es pintor, y el que pretende ser actor de cine... En fin todos... Pero no puedo pensar que alguien me robara deliberadamente la pistola. ¡Y el encendedor!

—David... Puede que la pistola no te la robaran para matar precisamente a Almela...

—Sí, también he pensado en esto... Alguien ve un arma y se la queda, luego un día tiene la oportunidad de usarla... Pero ¡y el encendedor!

—Casualidad...

—Pero tuvieron que sacarlo de aquí. ¡La misma persona!

—Hay algunos que coleccionan objetos así. «Distraídamente» se los guardan.

—Ya. Un encendedor y un «Astra», todo hecho sin premeditación... También es mucha casualidad... Pero en este asunto todo lo parece. Lo parece tanto que deben tomarme por loco o por embustero...

—¿Quieres que vea a alguno de tus amigos? Conozco a varios y ellos a mí.

—No, no, Laura. No sacarías nada en limpio y Dios sabe si ibas a correr un riesgo. Esto se aclarará por otros conductos... ¡Anda, vamos! Quiero que me dé el aire. Ahora me ahoga hasta mi propio estudio.

—¿No tienes que volver a la comisaría...?

—Ya me avisarán. No me han prohibido que saliera de casa. Aunque no puedo dejar la ciudad.

Salieron, bajaron por el ascensor y ya en la calle, fueron hacia el coche del escritor con el que emprendió una marcha moderada en dirección norte, hacia el centro de Sarriá para seguir hacia arriba por la carretera de Valí vidriera.

Recorrieron los escasos kilómetros sobrecargados de curvas en silencio. Ella se había acostumbrado a respetar sus silencios cuando le veía abstraído o concentrado.

Dejaron Vallvidrera para continuar el ascenso hacia el Tibidabo.

A medida que ganaban altura, el panorama de la ciudad se ofrecía como una masa uniforme y gris, con las brumas que difuminaban los edificios. Al fondo el mar apenas se distinguía, por las nubes y la constante polución de la atmósfera.

En la cumbre de la montaña, las atracciones del parque estaban en reposo, muy pocos eran los que paseaban en aquellas horas de la mañana. Faltaba el bullicio de los domingos, el trayecto de las montañas rusas, el sonido de las máquinas de diversión en movimiento y el vaivén de la gente.

Pero a David no le importaba nada de lo que sucedía alrededor. Se acodó en la barandilla. El aire era frío, pero no parecía notarlo. Ella se subió el cuello del abrigo.

—Uno aquí parece libre, dueño de sus actos... Desciende allá abajo y comienzan los problemas.

—Si dieras con el que te robó la pistola... —empezó ella.

—Sí. Y si uno de los pasajeros del «Caravelle» no mintiera, y si los conductores de los taxis contestaran... Todos son cabos sueltos...

—La policía acabará por atarlos.

—Sí. Ésa es la esperanza y la lógica, pero ¿crees que es agradable vivir así? —Se volvió hacia ella y murmuró—. Perdona, Laura. Te estoy contagiando de mis preocupaciones... A propósito, te firmaré un talón por el importe de tu sueldo de dos meses. No sé cuánto va a durar esto.

—¿Quién piensa en el dinero ahora?

—Tú no trabajas por amor al arte. No es justo que sufras las consecuencias... Creo que llevo el talonario aquí.

—Pero puedo esperar.

El estaba decidido. Fueron a sentarse en el interior del bar-restaurant. El anotó la cifra que le correspondía a Laura por dos meses de trabajo y le entregó el talón.

—Lo acepto por no contrariarte, pero no era necesario. De veras...

El iba a guardarse el bolígrafo, y luego se lo quedó mirando como si se tratara de un objeto extraño.

—Antes dijiste que... Sí, sí... Hay gente que suela quedarse los bolígrafos y que cuando va a una casa siempre busca lo que puede rapiñar. ¿Te acuerdas de Lorenzana?

—¿Lorenzana?

—Hace cuestión de unos seis meses... Estuvo en casa. Sí, quizá no llegue a tanto. Era a fines de agosto.

—¡Lorenzana, sí! También había trabajado para Almela.

—En la última fiesta, echaba espuma por la boca. Dijo pestes de él y aseguró que el día que tuviera un plan perfecto le mataría...

—Sí. Ahora que lo dices... Bueno, pero no le hicimos caso. Con Almela todos, quien más quien menos, habíamos terminado mal.

—No es eso, Laura... Estoy pensando que Lorenzana era la primera vez que venía a mi estudio y estuvo mucho tiempo solo husmeando, fijándose en todo y... creo que hasta abrió algún cajón. No me gustó nada su forma de comportarse, y decidí no invitarle más... ¡Lorenzana!

—¿Piensas que pudo ser él quien te quitara la pistola?

—Alguien tuvo que ser, ¿no? El encendedor por rapiñar algo... Lorenzana nunca ha tenido donde caerse muerto, pero ha envidiado siempre a los que tenían... ¡Y la pistola! ¿Por qué no? Aunque no pensara matar a nadie, la idea pudo ocurrírsele después... Iré a verle ahora mismo. ¡Vámonos!

Descendieron por la carretera de la Rabassada en el otro extremo para dirigirse al barrio de Horta, que era donde vivía el tal Lorenzana.

Era como cuando David ponía en marcha a sus personajes que tras el letargo de un golpe recibido de improvisto, resurgían llenos de vitalidad y dinamismo.

—Si no puedo demostrar que estuve en el tren, intentaré encontrar al asesino...

CAPÍTULO VI

Horta, con sus calles estrechas y sus casas de poca, altura, conserva todavía en el corazón de su barriada, el sabor a pueblo tranquilo, cortado únicamente por las grandes avenidas que la rodean y el ruido de los motores de los coches que también la invaden.

Ahí, en un piso pequeño, en el antiguo camino que antes fuera transitado por los payeses que descendían del Valle de Hebrón, vivía Lorenzana en una casa condenada al derribo para dar paso al progreso.

No pagaba alquiler porque le quedaba poco tiempo de vivir allí, sólo esperaba la orden de marcha para buscarse otra morada que tal vez no podría pagar, porque Lorenzana ni tenía suerte en el trabajo, ni había sabido buscársela y posiblemente tampoco servía demasiado.

Cuando David detuvo el coche, preguntó a su secretaria:

—¿Has comprendido lo que tienes que hacer, Laura?

—Perfectamente.

—Bueno, quizá no salga bien y por supuesto si no te atreves...

—¡Oh, claro que me atrevo! Dices que vive solo, ¿no...?

—Creo recordar que lo dijo.

—Bien, entonces sube, yo me quedaré en el coche. No me verá.

—Quizá sea una estupidez, pero si fue él quien me robó la pistola, es posible que siga en su poder.

—La policía no la encontró, ¿verdad?

—No. El asesino debió guardársela... Bueno. ¡Mucha suerte!

Ella sonrió como si quisiera animarlo.

Poco después, David llamaba a la única puerta del piso alto de la casa. Lorenzana apareció en el desaliño.

—¡Vaya! Si es el hombre del día... Precisamente quería llamarte. Ultimamente se habla bastante de ti.

Era cierto que los periódicos le habían mencionado, pero sin acusarle nunca ni directa o indirectamente.

—Me estoy haciendo autopropaganda —bromeó David.

—Bueno, el caso es que quien liquidó a Almela merece un premio. Dime que eres tú y te estrecharé la mano.

—Siento defraudarte, Lorenzana... ¡Vaya! Conque ése es tu santuario, ¿eh?

—Bueno. No es como tu estudio, pero se está bastante tranquilo. Esa calle está cortada. No pasan coches, no hay ruido. Se trabaja bien.

David llevó la conversación sobre un tema lógico, el trabajo, Lorenzana despotricó e inventó encargos que no tenía. Eso es fácil de comprender entre profesionales. Luego el visitado hizo una pregunta lógica:

—Bueno, pero tú habrás venido por algo, ¿eh?

—Tenía que hacer un par de gestiones en Horta. Me hice un lío con las calles y cuando llegué aquí me acordé de que me habías dado esas señas... y pensé hacerte una visita. La verdad es que con todo ese lío tengo la cabeza a mil kilómetros. Necesito hablar con la gente... ¿Por qué no vamos a tomar algo?

—Creo que tengo un poco de *whisky* por aquí... Español, claro.

—No, no. Invito yo. Quiero ir a uno de esos bares con sabor a hostales antiguos... Tomaremos un buen vaso de vino y algo para desayunar.

—¡Vaya! ¿Te vuelves proletario?

—¿Aceptas?

—Deja que me ponga unos zapatos... —Señaló que iba en zapatillas—. Pasa. Verás mi choza.

—Es mejor que te des prisa. —A David le interesaba echar un vistazo. Sobre todo en la puerta. Vio que tenía cierre automático. Miró hacia la pared y vio que colgaba una llave. Vio también que en la cerradura había otra puerta. Tomó rápidamente la que colgaba del clavo y la guardó en el bolsillo. Había tenido un poco de suerte.

Lorenzana salió con unas chirucas y murmuró:

—¡Listo!

Tomó la llave que estaba en la cerradura y se la guardó en el bolsillo del pantalón sin mirar hacia arriba, saliendo ambos de la casa.

—¿Dónde tienes el coche? —preguntó Lorenzana al llegar a la calle—. Porque no me digas que has venido a pie.

—No, no está ahí.

Se volvió como si buscara algo y dijo:

—Espera, creo que se me ha caído... Un momento.

Volvió a la escalera en cuatro zancadas. Y, rápidamente, dejó caer la llave detrás de la puerta. Salió con unos papeles que había sacado del bolsillo, en la mano.

Lorenzana iba a entrar.

—¿Perdiste algo?

—No, es eso... Unas copias. Nada importante.

Se dirigieron al bar, estaba a unos cincuenta metros al fondo de una plazoleta sin empedrar; las últimas lluvias habían formado unos charcos que todavía no habían tenido tiempo de secarse.

Laura salió entonces del auto y fue decidida hacia el portal de la casa, movió ligeramente la puerta y vio la llave. Sonrió y la cogió para dirigirse directa al piso.

Abrió sin dificultad. Allí sólo tenía que registrar la casa, luego dejar la llave y cerrar la puerta de golpe cosa que había hecho su propietario.

Mientras, David entretenía a su colega con una botella de vino tinto y una tapa de bacalao.

Hablaron de cien trivialidades, de trabajo, hasta que David calculó que Laura ya habría tenido tiempo suficiente para terminar el registro.

Cuando regresaron nada podía hacer sospechar que alguien había estado buscando.

Laura había tenido incluso el buen acierto de colgar la llave en el mismo sitio.

David se despidió de Lorenzana, deseoso de conocer el resultado de la inspección.

—Vuelve siempre que quieras... Si es que aún sigo aquí.

—Puede que lo haga. Adiós.

—Adiós y gracias por el convite.

Fue al coche donde ella le aguardaba en el asiento trasero, acurrucada para pasar inadvertida.

David arrancó en silencio hasta haberse alejado lo suficiente, luego tomó la calle que desembocaba en el paseo del Valle de

Hebrón. Ella ya se había incorporado y explicó:

—Yo creo que busqué bien. No hay muchos escondrijos... Pero no encontré nada.

—Hemos perdido lastimosamente el tiempo.

—No sé..., quizá tú lo hubieses hecho mejor. Aunque pienso que no tiene por qué ser Lorenzana precisamente.

—Pues es al único a quien vi fisgar por mi estudio. Los otros generalmente se sientan, bailan o beben, pero no se mueven de la sala. Claro que... puedo estar equivocado. Pero si no fue Lorenzana, ¿entonces quién fue?

CAPÍTULO VII

Que la policía no había permanecido inactiva, lo supo David aquel mismo día.

Tres taxistas en Barcelona habían dado señales de vida. Aproximadamente a la hora indicada por el propio David, tres conductores declararon haber llevado otros tantos pasajeros al aeropuerto.

David, acompañado por Sala, acudió a la central de la Vía Layetana para tener un careo con los conductores.

—No —dijo uno—. No era ése el pasajero que llevé. Era un individuo con más años. Cincuenta o así.

David, aunque no se había fijado mucho con el conductor, tampoco le parecía que fuese aquél quien le había llevado.

Ni el segundo ni el tercero le reconocieron tampoco, con lo que resultó que las cosas estaban como al principio.

Para activar el asunto, David aquella misma tarde compró una nueva peluca, un bigote y unas gafas que si en conjunto no eran idénticos a los de su primer disfraz, se le parecían bastante.

En el aeropuerto, y acompañado de los inspectores, tuvo un careo con la azafata del vuelo que había tomado.

La muchacha se esforzó en recordar, pero acabó admitiendo:

—Lo siento..., vemos a tanta gente al cabo del día...

—Me senté hacia el final del avión, y estuve leyendo el periódico —explicó David.

—Es posible —admitió la joven, pero estaba claro que no podía afirmar ni negar con rotundidad.

Como no había ocurrido ningún detalle que llamara la atención y que posteriormente pudiera ser recordado, persistía la duda.

Y en Madrid, un conductor de taxi estaba diciendo a su mujer:

—Por ahí andan preguntando por el chófer que llevó a un hombre del, aeropuerto a la capital... Es la policía, ¿sabes? Bueno...

Yo no sé qué hacer.

—¿Llevaste tú a ese hombre? —preguntó la mujer.

—Creo que sí. Al menos la hora y el trayecto coinciden, pero estoy escamado... Ya fui una vez a declarar por lo de aquel accidente... Y ya sabes lo que pasó, no me dejaban en paz... Los unos decían que mentía, los otros se empeñaban en que dijera más cosas de las que había visto... ¡Bah...! Haces un favor y entonces sales perjudicado... No, creo que no diré nada. Luego todo son perder horas de trabajo...

—Bueno, tú te lo haces y te lo deshaces todo.

—Es que en el fondo me fastidia. Yo iría y diría: «pónganme delante de ese hombre y les diré si le llevé o no», pero ya te digo, por hacer un favor luego pasa lo que pasa. No, no. Es de idiotas tropezar dos veces en la misma piedra.

—Si crees que vas a perjudicarte, pues no digas nada y andando. A fin de cuentan, ¿qué nos importan a nosotros los demás?

Bueno..., ese matrimonio no es el único que piensa así, un poquito de egoísmo, otro de despreocupación, eso de que «no lo dejen tranquilo a uno» y la eterna excusa del «esto no me incumbe...»

David no contó con ello y ahora las cosas se le iban poniendo peores porque...

Aquella noche Sala se sinceró con él.

—Mira, amigo mío; no es que te hayan dado ningún trato de favor, pero el interés que yo he demostrado ha contribuido mucho en este asunto, no quiero que me lo agradezcas, pero sí quiero que si has ocultado algo me lo digas...

—¡Gerardo! Tú no puedes creer que yo...

—Son las pruebas David. Tu encendedor allí. Lo reconociste desde el primer instante. Además tiene tus huellas y lo que es peor de todo, se ha encontrado la pistola.

—¿Eh?

—Sí. Cerca de la vía férrea. Unos trabajadores. Es un «Astra». El número de serie es el mismo que figura en tu licencia.

—¿Mi pistola?

—Montada con el silenciador. Faltan cuatro balas... Cuando hayan hecho las últimas pruebas podrán confirmar que las balas son idénticas a las que mataron a Diez Almela...

—Tuvieron que robármela, Gerardo... ¿No comprendes?

Por primera vez el gesto de su amigo se tornó muy grave.

—Ojalá pudieras tener más pruebas de las que has presentado hasta ahora.

—Entonces lo de la pensión...

—No insistas en esto. No prueba nada.

—Está bien, para ti quizá no, pero un abogado sí podrá probarlo.

—No seas iluso. Se utilizará en contra tuya. Es demasiado fantástico. El fiscal dirá que toda esa tramoya la has organizado para hacernos creer esa historia fantástica, abusando de tu fértil imaginación. ¿Es que no te das cuenta?

—Me doy cuenta de que ya no puedo confiar en nadie...

—Piensa lo que quieras.

—Tú no pondrías las manos al fuego por mí.

—¿Lo harías tú por mí? ¿Qué pensarías si me acusaran de cualquier delito?

—No lo creería.

—Pero eso tampoco te bastaría.

—Pero tú lo crees.

—En otras circunstancias, David, no sé... Pero ahora. ¿Qué voy a decirte?

—Nada, Gerardo. Gracias de todos modos... Supongo que no tardarán en detenerme... Llamaré a un abogado. Es la primera vez que tengo que recurrir a uno... ¡Y no puedo llamar a Carlos!

—Date prisa, no tardarán en llegar. No te preocupes, serás bien tratado. Te interrogarán y tendrás que firmar tu declaración.

—¿La que vosotros queráis?

—La verdad.

—¿Y si no firmo...?

—Es igual. La pistola y el encendedor son pruebas...

La declaración del empleado del coche-cama. El indicio de que tú estabas en el tren «antes de llegar a Zaragoza», tu discusión y amenazas hacia la víctima... De momento será suficiente.

—Y nadie se preocupará de interrogar a esos tres pasajeros que pudieron mentir, ¿verdad?

—No tenemos nada contra ellos.

—Una mujer que va a casarse, ¿quién te dice que fue a Madrid? ¿Por qué no podía tener una cita y quiso ocultarlo a su novio? No es

una niña por lo que dijiste... Luego el consejero... La excusa de decir que se va a tomar el avión ya se ha utilizado, es un modo como cualquier otro de echar una cana al aire, igual que el vendedor de quien me hablaste. Tiene que quedar bien con la casa que le paga, ¿no? «Tomé el avión esta noche para esto y lo otro», y el vendedor piensa: «Yo no me salto un sábado, me corro la juerga y me voy mañana por la mañana».

—David, voy a preguntarte por última vez la misma cosa. La única que podría disipar toda sospecha: ¿Quién te vio fuera del tren? ¿Quién?

Bastante gente, pensó, pero en concreto no le vio nadie, los que podrían atestiguar no aparecían.

Pensó que iba a ser inculcado de la forma más estúpida.

CAPÍTULO VIII

El coche de la policía estaba ya en la calle. David pudo verlo desde la terraza donde había salido a pesar del frío de la noche.

Tras él permanecía Gerardo Sala en silencio.

David entró pausadamente y aplastó el cigarrillo contra un cenicero.

Pensó que los dos inspectores y el comisario Bardon debían de haber entrado ya en la escalera.

Miró a Gerardo que tenía ya los ojos en el suelo como si no quisiera encontrarse con los del escritor.

David caminó hacia el mueble donde guardaba las armas. Quedó un momento pensativo antes de abrir el cajón. Volvióse hacia Gerardo que seguía sin mirarle.

Abrió por fin el cajón. Allí estaba su «Colt» automático del calibre treinta y ocho. Y la «Magnum».

Sabía que ambas armas estaban cargadas y su mano derecha avanzó hacia ellas. Bastaba que tomase cualquiera de las dos. ¡Todavía estaba a tiempo de hacerlo! ¡Todavía estaba a tiempo de escapar! Igual que los protagonistas de sus novelas en circunstancias parecidas.

Libre podría investigar por su cuenta, pero... ¿Dónde investigaría?

Sí... Podría ir en busca de esos tres pasajeros del «Caravelle» y obligar a uno de ellos a decir la verdad. Porque uno de ellos no la había dicho, pero...

No... Lo que le ocurría a él no era una fantasía, aunque tuviera mucho de ello... Lo que le ocurría estaba sucediendo realmente...

Los policías estaban ya en el ascensor y pronto llamarían a su piso. Le detendrían con todo los formulismos.

Volvió a mirar las armas... Tenía tiempo de escapar...

De pronto cerró el cajón y se volvió hacia Gerardo Sala que esta

vez, sí que le estaba observando.

—Mejor así, David —murmuró como si hubiera advertido los más íntimos pensamientos del escritor—. Huir no te serviría de nada.

Entonces sonó el timbre de la puerta.

Gerardo hizo intención de ir a abrir, pero se volvió para aconsejar a David.

—Llama a un abogado. Tienes tiempo.

David quedó inmóvil mientras Gerardo se dirigía a abrir la puerta.

Venía el comisario solo y Gerardo le franqueó la entrada.

David permanecía en pie en el centro de la estancia, entre el estudio y el salón principal.

El comisario Bardon se adelantó hasta quedar muy cerca de donde se hallaba el escritor.

—Espero que no me esposen. Insisto en que nada tengo que ocultar, por eso no intentaré huir.

El silencio le pareció eterno a David, pero por fin, el comisario Bardon lo rompió para hablar en tono grave:

—Señor Sender, mi gente ha conseguido una confesión de los dueños de la pensión donde estuvo hospedado con el nombre de Alberto Fernández.

David arqueó las cejas, pero dejó que el comisario prosiguiera.

—Bueno. Aunque falta el detalle de una posterior confrontación, han admitido que un individuo de pelo negro con flequillo, bigote y gafas de concha, estuvo hospedado en su casa, bajo ese nombre y que desde el teléfono de su casa llamó dos veces a Madrid. En la compañía telefónica están registradas dichas llamadas.

—Puedo decirle con exactitud en qué días las realicé —se apresuró a contestar David.

—Estoy seguro que concordarían —atajó el comisario.

David esperó a que el policía continuara.

—Aunque como ya le he dicho repetidas veces, su estancia en esa pensión no prueba que usted tomara un avión para Madrid, ha surgido algo que cambia por completo la cuestión.

Tras una pausa, el comisario prosiguió:

—Una nueva comprobación de datos por parte de la compañía Iberia ha dado como resultado que el «Caravelle» de las once y

media, vuelo ciento veinticinco entre Barcelona y Madrid... llevaba cuarenta y siete pasajeros a bordo.

David no pudo evitar un suspiro.

—Hubo un error en la comprobación. Uno de los pasajeros llegó a última hora. La azafata así lo ha afirmado y nos ha pedido toda clase de excusas... Bien. Esto en principio le da la razón a usted, aunque particularmente considere que todo lo que hizo en ese día es algo bastante oscuro.

—Sabía que al final tendría que resplandecer la verdad —suspiró David.

—Eso no quiere decir, señor Sender, que no volvamos a molestarle. Quedan muchos detalles por aclarar respecto a su conducta. Y los aclararemos. Descuide.

—Pero... No me detiene usted, ¿verdad?

—No. Nosotros no cometemos arbitrariedades... Aunque el caso sea oscuro —repito—, hay margen para la duda y preferimos esperar. Está usted libre.

David avanzó de nuevo hacia la terraza. Casi no se daba cuenta del aire frío que penetraba por toda la casa. Encendió un pitillo y quedó mirando las luces de la ciudad.

La voz del comisario le sacó de su abstracción, de su mutismo.

—Tendrá que facilitarme una lista de las personas que frecuentan su casa, puesto que debemos suponer que alguien robó su pistola y su encendedor para «acusarle deliberadamente», proseguiremos nuestras investigaciones en ese sentido.

David se volvió lentamente con la expresión de quien acaba de despertar de un mal sueño.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Habían transcurrido tres días cuando David regresó a su estudio.

El escritor sintió la necesidad de concentrarse, de recapacitar sobre aquella aventura de la que había sido protagonista y por ello se recluyó en un hotel del Montseny.

Los tres días habían transcurrido para él como un soplo, porque de hecho no pensó nada, como si repentinamente su capacidad de raciocinio se hubiese esfumado.

En plena naturaleza, paseando por la nieve o contemplando los lagos de agua cristalina por la baja temperatura, había recobrado la ilusión de vivir, la noción de la realidad, había comprendido cuán hermosas resultaban las pequeñas cosas que por tenerlas tan cerca a menudo se ignoraban.

Había comprendido que por una tontería mil veces estúpida había estado más próximo que nunca a perder su libertad.

El último de aquellos tres días lo empleó para hacer una visita. Sin saber por qué, sintió deseos de hablar con una antigua amiga que residía en San Pol de Mar. Se llamaba Alexandra. Le pareció que hacía un siglo que no la veía, y sólo era del verano anterior, cuando el trabajo le permitía hacer una escapadita a la playa.

—Presentía que vendrías —murmuró ella, cuando paseaban cerca del mar con el viento azotando sus rostros.

—¿Has leído los periódicos? —preguntó él.

—¿Hablan de ti? No, no los he leído.

—No te has perdido nada importante —repuso él y llevó la conversación por el terreno de las trivialidades.

Para la muchacha, aquella visita significaba mucho, aunque David no pareciera darse cuenta de ello.

El hablaba, hablaba sin cesar, como si con sus palabras intentara ahuyentar los malos recuerdos.

Luego se sentaron allá junto a las rocas, el ruido de la mar

ahogaba las palabras.

De repente enmudecieron. David había sentido la imperiosa necesidad de besarla, de sentir a Sandra entre sus brazos, y lo hizo de forma vehemente, tal como hacía siempre las cosas.

—¿Cuándo volveré a verte, David? —musitó Sandra tras un largo silencio.

—No lo sé... Pero pronto. Creo que me debo a mí mismo muchas horas de diversión. Me estoy perdiendo cosas buenas. Me he convertido en un esclavo de mi trabajo.

Estuvo con ella el resto del día. Vivió. Vivió plenamente y la hizo vivir a ella.

Era como si en su interior, en lo más profundo del corazón del escritor algo hubiese cambiado.

Volvió a recuperar la capacidad de sonreír y llegó a pensar que había sido un perfecto idiota al suponer que podían acusarle... ¡Eso no ocurría más que en las películas!

Pensó también que si había podido demostrar que tomó aquel avión de Iberia, su plan tampoco resultaba tan perfecto.

—Pero... ¿Qué plan? ¿Por qué había hecho aquella tontería? Sí... Por qué una vez más le parecía más que absurdo el haberse tomado tantas molestias... ¡Bah!, había de borrarlo todo de su mente de una vez y volver a su trabajo.

Trató de concentrarse, de pensar en su trabajo atrasado, en las ideas que tenía esbozadas, en la novela que estaba a medias en su máquina de escribir.

Primero llamó a Laura.

—Puedes venir, Laura. Perdona. Me marché sin decirte nada, pero ya es hora de que reanude mi vida normal.

—Intenté ponerte en contacto contigo. Te llamé por teléfono y vine, pero el portero me dijo que te habías marchado.

—Sí. Lo necesitaba.

—Lo comprendo. Vendré enseguida.

—No te des prisa. Hay tiempo. He perdido tanto que ya no viene de un poco más.

Colgó, se sentó frente a la máquina de escribir y comenzó a repasar la media página que esperaba continuación.

Se le había olvidado la idea central de lo que había comenzado a escribir.

Buscó el borrador para releer lo que llevaba escrito, cuando interrumpió su trabajo.

Más o menos se hizo una idea de lo que trataba su propia novela, pero sin saber por qué aquel relato se le antojó absurdo y falto de sentido.

Sin querer, sus pensamientos se iban lejos de su trabajo, y tras veinte largos minutos de intentar coger el hilo, se levantó de la mesa.

No era falta de imaginación lo que acusaba en aquellos momentos, era la obsesión de algo inconcluso. ¡Su propio caso!

Sin dudarle, se enfundó la gabardina sobre el jersey de cuello de cisne y bajó rápidamente a la calle para subir a su automóvil y dirigirse a la Vía Layetana. Su destino era la Jefatura Superior de Policía.

Una vez allí, pidió hablar con el comisario.

—Buenos días, señor Sender —saludó el policía que estaba dictando un escrito a su secretario.

—Señor Bardon... Perdona que le moleste, pero... tenía necesidad de hablar con usted.

—Siéntese, por favor —invitó el comisario.

—Verá —musitó el escritor, aceptando la invitación—. No puedo concentrarme, ¿sabe? Sé que esto es problema mío y de nadie más, pero... no me satisface la forma en que quedó el asunto.

—¿Qué quiere decir?

—Pues... que el crimen se cometió con mi pistola y alguien dejó adrede un encendedor con mis iniciales en el compartimiento del señor Diez Almela.

—Esto significa que una persona... quiso culparme.

—Sí. Siga...

—Pues sí. Pudiera ser.

—Necesito saber quién es esa persona. ¿Comprende...? Sin..., sin yo proponérmelo, he sido el centro de este caso, un protagonista inesperado, no puedo concentrarme en nada que no sea ese maldito crimen.

—Usted sigue libre de sospechas..., por el momento.

¿No es eso lo que quería?

—No... No es tan fácil de comprender.

—Yo sí le comprendo en eso... Y es lógico que en su caso otro

pensara igual. No se preocupe, los inspectores siguen adelante. Tarde o temprano el asesino caerá. Siempre caen. Son raros los crímenes que quedan impunes. No cometeré la tontería de decir que no se hayan dado casos, pero el porcentaje es muy pequeño.

—¿Qué han averiguado? —quiso saber el escritor.

—Nada importante, por ahora... Pero a propósito, ahora recuerdo que tengo unas preguntas por hacerle. Iba a mandar a un inspector a su casa...

—¿Preguntas?

—Sí. Respecto a un amigo suyo... Se llama... —El policía consultó una nota y continuó—. Se llama Antonio Lorenzana.

—¡Lorenzana!

—Sí... Cuando usted nos entregó la lista de personas conocidas que habían frecuentado su casa últimamente, Antonio Lorenzana figuraba también en ella.

—¿Sospechan de él?

—Pues no sé qué decirle... La verdad es que no hemos podido localizarle en las señas que usted nos facilitó... En la barriada de Horta, ¿verdad?

—Sí, sí... Pero su casa creo que está condenada al derribo.

—No es por eso. El tal Lorenzana se ha esfumado y tenemos un par de denuncias en contra de él.

—¿Denuncias?

—Falsificó una firma y cobró un talón por valor de veinte mil pesetas. De eso hace cuestión de un par de semanas, pero no se descubrió hasta hace cinco días.

Resulta que gracias a su amistad con la cajera de una editorial para la que colaboraba, consiguió una hoja del talonario de cheques y allí inscribió la cantidad, falsificando luego la firma del apoderado.

—Lorenzana tenía que acabar así.

—Ha metido a la pobre chica en un brete, porque ella niega estar complicada en el asunto, pero lo cierto es que cobró el dinero...

Tras una pausa, el comisario Bardon añadió:

—La otra denuncia procede de otro editor, que le acusa de haberse apoderado de treinta mil pesetas en un momento de descuido.

—Hay gente que se pierde por una miseria.

—Sí. Verdaderamente con cincuenta mil pesetas no se puede hacer nada en estos tiempos, pero lo que yo quería preguntarle, señor Sender es si usted tiene idea de dónde podríamos localizar a Lorenzana.

—No lo sé.

—Pensé que usted podría conocer sus relaciones. En fin..., siendo amigos estará mejor informado que nosotros. En su barrio todo lo que hemos sabido es que debía dinero a todo el mundo, pero nadie ha podido facilitarnos la menor pista.

—Lo siento, comisario. Lorenzana no era precisamente un buen amigo y no sé... —Hizo una transición y añadió—. Pero ¿sospecha que él pudo tener que ver en el asesinato de Diez Almela?

—Verá, señor Sender, de la lista que usted nos facilitó, hemos hecho una selección, quedándonos únicamente con aquellos nombres correspondientes a personas que habían discutido o amenazado al editor asesinado. Los que tenían motivos de agravio son bastantes por cierto, y entre ellos figura Lorenzana.

—Sí. Lo sé —murmuró David pensativo.

—Pero en esa selección —continuó el comisario— es necesario encontrar a los que además de querer ver muerto a Diez Almela pudieran tener algún motivo para hacerle cargar a usted con el crimen.

—Eso es lo que yo quisiera saber.

—¿Lorenzana? ¿Recuerda si discutieron alguna vez?

—Pues... quizá sí... La verdad es que sólo coincidí con él cuando trabajábamos los dos con Almela. Siempre fue un amargado. Yo conocía poco a Almela entonces y algunas veces le defendía. A él se le sentaba mal. Puede que sí... puede que me mirara con recelo. La verdad es que no sé por qué... yo también sospeché de él. Es el único en quien pensé...

—¿Sí?

—Sí, comisario. Incluso hice algo... No me importa que lo sepa.

David Sender explicó al comisario cómo días atrás había ido con Laura a su casa y cómo había conseguido que su secretaria se colara en el piso, en busca de la pistola, mientras él lo entretenía en un bar cercano a la casa.

Cuando concluyó, el comisario no hizo el menor comentario y se

despidió de David murmurando:

—Si se le ocurre algo que pueda facilitarnos nuestra labor no vacile en comunicármelo.

David no salió satisfecho de la Jefatura de Policía. No le bastaba su libertad, seguía sintiéndose envuelto entre las brumas de aquel misterio. Tenía la sensación de ser el centro de «algo». Y estaba seguro de que no podría recuperar la tranquilidad hasta tanto el verdadero asesino anduviera suelto.

Cuando regresó a su casa le esperaba una sorpresa.

CAPÍTULO II

Laura llegó al estudio antes de que lo hiciera David. Llamó y al ver que nadie contestaba hizo uso de una llave que siempre llevaba consigo.

Entró en la casa, dejó su abrigo y su bolso en el armario del vestíbulo y avanzó con la seguridad de quien pisa su propio hogar.

En el estudio, repasó rutinariamente los papeles de David y se sentó frente a la máquina de escribir donde tenía empezada la puesta en limpio de una futura novela. Antes de empezar a teclear en la máquina sonó el timbre y fue a abrir.

Un hombre apareció en la puerta. Un hombre de aspecto sonriente y mirada cínica. Un hombre que vestía con desacostumbrada elegancia. Ella le reconoció enseguida.

—¡Lorenzana! —exclamó.

—Hola, muñeca... ¡Cuánto tiempo sin vernos! Desde el día que tu jefe se dignó a invitarme a la fiesta.

—Que yo sepa no te invitó. Viniste tú con otros —replicó ella sin apartarse del umbral de la puerta, pero Lorenzana avanzó decidido apartándola con un ademán.

—Bueno, bueno... ¿Dónde está el gran hombre?

—No está.

—Le esperaré.

—Quizá no le guste. ¿Por qué no vuelves luego?

—¡Claro que le gustará! No hace mucho vino a verme. ¿No te lo dijo?

Ella guardó silencio. De sobras sabía que había ido.

Lorenzana estaba paseando por el amplio salón, observando cada rincón con cínico desparpajo.

—Vive bien el hombre. ¡Je! Unos se matan trabajando y otros solo tienen que estampar su firma para vivir.

—Si tienes algo contra David díselo a la cara, en cuanto esté

aquí.

—¡Bah! No tengo nada contra él. Digo lo que pienso. El ha tenido suerte y yo no. —La miró a ella y sonrió—. Tú también has tenido suerte... ¿Qué te falta aquí?

Laura guardó silencio.

—¿Eres sólo su secretaria?

—Ahora me insultas a mí.

—Bueno, quería preguntártelo desde hacía algún tiempo... No sería nada de extrañar que siendo jóvenes los dos y...

—Cierra la boca, Lorenzana. No sabes lo que dices.

—¡Oh, sí! El fue muy generoso contigo cuando Almería te dejó en la calle.

—Almela no me dejó. Fui yo la que se fue.

—¡Claro! Eras una chica muy decente...

—¿Qué quieres decir?

—Pues que... al principio nadie pensó que fueras tan decente... ¿O es que ignoras lo que se murmuraba en la editorial?

—¡Nunca me han gustado las murmuraciones! ¿Sabes?

—Bueno, pero esto te interesa... Almela era un mujeriego a carta cabal. Sólo hablaba de dos cosas, de dinero y de mujeres. De dinero para quejarse y de que los negocios le iban mal por culpa de los pobres escritores que pagábamos el pato; y de mujeres para contar sus aventuras que a mí me parecían particularmente repugnantes... con aquella facha, con su grasienta figura y el bisoñé para ocultar su calva...

El colega de David prosiguió:

—Pues sí... a pesar de ello, tú dejaste que te acompañara algunas veces con su coche.

—Entonces todavía no le conocía bien:

—Y fuiste a alguna de esas fiestas que organizaba...

—Otras también fueron.

—Claro, claro... Todas ibais de buena fe, pero más de un malpensado insinuó que pretendíais un aumento de sueldo.

—Eres un miserable.

Lorenzana sonrió abiertamente y conectó una grabadora. En seguida surgió la voz de David a través de la cinta magnética:

«Estaré dos días ausente, corrige los dos guiones que tengo sobre la mesa y mándalos a Marcel, en París, luego pasa en limpio las

cuartillas del relato que estoy haciendo, si terminas antes de que regrese, no es necesario que vuelvas al estudio. Te llamaré cuando...»

—¡Deja eso! ¡No toques nada! —espetó ella.

El siguió manipulando en la grabadora. Ella se aproximó y añadió:

—¿Qué has venido a buscar?

—De ti nada...

—Bueno. Yo tengo trabajo.

—Por mi hazlo. Yo curiosearé mientras espero...

Evidentemente a Laura no le gustaba en absoluto la presencia de aquel hombre en el estudio.

Lorenzana avanzó como si estuviera en su casa y prosiguió con su curioso.

Posiblemente ni la muchacha, ni él se dieron cuenta de que la grabadora continuaba en marcha a pesar de que la voz de David había desaparecido.

La verdad es que el magnetófono, estaba «grabando».

Lorenzana fue hacia el mueble del rincón y abrió el primero de los cajones. Allí estaban los revólveres.

—¿Qué buscas?

—Nada, encanto, nada —sonrió Lorenzana cerrando de nuevo.

—Si quieres esperar, deja de tocarlo todo.

—A propósito, encanto... ¿Sabe David que has seguido viéndote con Almela?

—¿Qué...? —Ella palideció.

—No te preocupes. No pienso chivarme. Después de todo, Almela ya tiene su merecido.

—¿De dónde has sacado de que Almela y yo... nos hemos visto?

—Os vi una vez en... una discoteca.

—No tengo por qué darte explicaciones a ti.

—No, claro. Sólo que... se da la circunstancia de que yo seguía a Almela. Me había rechazado un trabajo. Sí, sí... cometí la estupidez de volver a él. Cuando uno no tiene trabajo, debe tragarse el orgullo. Almela nunca decía que no, pero luego resultaba que habías trabajado en vano. Te prometía anticipos y terminaba devolviéndote los originales. Tuve que suplicarle y me sacó a cajas destempladas. «De ésa te acuerdas», le juré. Y no nos oyó nadie.

¿Comprendes? Nadie. Podía cumplir mi amenaza y decidí hacerlo. Le seguí. Todavía no tenía ningún plan concreto de cómo darle un buen escarmiento, pero le seguí, pensé que ya se me ocurriría algo... Y así llegué hasta aquella discoteca y le vi contigo... Eso sucedía el último lunes de su vida porque al sábado siguiente Almela tomaba el expreso para Madrid y allí encontró su muerte.

—¿Qué tratas de insinuar?

—Yo no insinúo. Digo lo que vi... Y lo que vi luego..., al salir de la discoteca...

—¿Eh...?

—David te esperaba en su coche. El coche de David estaba allí, muñeca. Y él al volante... ¿Qué tramabais contra Almela?

—No sé qué insinúas. David sabe perfectamente todo esto. Sabe con quién estaba.

—Claro, claro. Es lógico. Te estaba esperando.

—¿Qué buscas, Lorenzana? ¿Es un chantaje?

—Pues... no. Es una simple conversación. Únicamente me gustaría saber si la policía conoce esos detalles.

Ella agrandó los ojos.

—Muñeca... He estado leyendo toda la información con respecto al caso. ¡Oh! Han tratado muy bien a David. Nunca se le ha considerado como sospechoso, ni siquiera tú has aparecido en el asunto y yo me pregunto, ¿por qué?

La conversación quedó interrumpida cuando alguien desde el exterior introdujo una llave en la cerradura.

Apareció David en el umbral y quedó visiblemente sorprendido al reconocer a Lorenzana.

CAPÍTULO III

—¡Trata de hacernos chantaje, David! —exclamó ella sintetizando la cuestión.

David todavía no se había pronunciado y la muchacha siguió:

—Nos vio aquella tarde cuando salía de la discoteca y me reuní contigo.

David volvió los ojos hacia Lorenzana que sonreía complacido.

—Iba a explicarle la verdad. No tenemos por qué ocultarlo...

—Bueno, bueno... No repitamos la escena. David puede enterarse de lo que hemos estado hablando. —Y Lorenzana fue hacia la grabadora y cambió el sentido de la marcha, luego dispuso el aparato en posición de reproducir.

Al instante, se repitió la última parte de la conversación que acababa de sostener el recién llegado y la secretaria a partir del momento en que Laura preguntó:

«¿Qué buscas?».

Y él respondió:

«Nada, encanto».

A continuación comenzaron las insinuaciones de Lorenzana.

Terminado el diálogo, el propio Lorenzana cortó la grabación.

—¿Por qué no vas a la policía y les cuentas todo esto? —preguntó tranquilamente David—. Precisamente te están buscando. Vengo de hablar con el comisario Bardon que es quien lleva el caso del asesinato del expreso.

—Sí. Sé que me buscan —sonrió Lorenzana— y puesto que tú también lo sabes, esto me ahorrará palabras. Necesito quedarme a vivir una temporada en algún lugar donde no puedan encontrarme... Tú al parecer estás bien relacionado con la policía... y dispones de un apartamento espacioso y confortable...

—¿Y tú pretendes escapar de la policía, quedándote aquí, no es así?

—Me harías un gran favor.

—Pues no cuentes con él.

—David... ¿Recuerdas la conversación que he sostenido con Laura?

—Deja de amenazar, Lorenzana. No te servirá de nada.

—Si me cogen lo contaré.

—No hay nada que contar, muchacho.

—Apuesto a que la policía no sabe nada de todo eso.

—No lo sabe porque no quería mezclar a Laura. Además, el motivo de esa entrevista carece de importancia.

—¡Oh!

—Lorenzana. Voy a darte más información de la que posees. Verás lo que ocurrió: —David hablaba pausadamente como dueño absoluto de la situación—: Almela quedó a deber algún dinero a Laura. Era dinero que le correspondía a ella por la liquidación cuando decidió marcharse de la editorial. El día que abandonó aquella casa, ofuscada, sólo cobró la mensualidad corriente y Almela, como puedes suponer, no hizo nada para recordarla que tenía otros haberes, como la parte de las vacaciones, la Navidad y otras pagas a que Laura tenía derecho.

Tras una pausa David prosiguió:

—Alguna vez Laura me había hecho mención de ello, y yo despectivamente le aconsejé que lo olvidara y que no volviera a ver Almela.

Ella escuchaba asintiendo, como si con David se sintiera absolutamente protegida.

Y el escritor prosiguió:

—Pero Laura no quería renunciar a lo suyo y en verdad estaba en su perfecto derecho. Así que decidió reclamar lo que se le adeudaba. Almela primero le dio largas, pero luego pensó que se le presentaba una buena oportunidad para volver a verla e intentar lograr lo que no había conseguido cuando ella trabajaba en la editorial. Así, por fin le aseguró formalmente que le pagaría, pero no en la editorial y le citó en la discoteca. Ella me lo dijo a mí y yo en principio me ofrecí para acompañarla, pero Laura con muy buen tino, pensó que mi presencia podría terminar con un altercado y me pidió que la esperara fuera por... si acaso. Ahí tienes la razón de todo. Se vieron allí, Almela le pagó los atrasos y Laura salió para

reunirse conmigo.

—Tengo la nota firmada. Y tiene la fecha de ese mismo día. ¡Espera! Creo que aún la tengo en el abrigo. La buscaré.

Fue hacia el armario ropero de la entrada y buscó en los bolsillos de su abrigo sastre. Extrajo un papel arrugado con algunas cantidades y una suma al final.

La fecha correspondía al lunes diez de enero de mil novecientos setenta y dos, o sea cinco días antes del asesinato del editor.

—Toma. —Laura le arrojó prácticamente a la cara la comprobación—. Míralo tú mismo, y ve a la policía, Si quieres.

—No irá, Laura —sonrió David—. El chantaje le ha salido mal.

Lorenzana permaneció en silencio y dejó aquel papel sobre una mesa.

—¿Quieres saber más cosas? —sonrió David.

—Dile que con el dinero que cobré y algunos ahorros que tenía fui a ver a mi familia en Zaragoza —espetó ella fuera de sí.

—Vamos, Lorenzana. Te has equivocado de camino. Ahora podría ser yo quien empezara a interrogarte... Por ejemplo... ¿Qué estabas buscando la noche que tú mismo te invitaste a mi fiesta? Te vi husmeando por todas partes.

—No sé de qué me hablas. —La actitud de Lorenzana había cambiado por completo, ahora de la expresión cínica y triunfante había pasado a la cara opuesta, su voz sonaba huraña, desapacible.

—Yo te haré memoria. Perdí un encendedor con mis iniciales... Creo que aquel día me serví varias veces de él. Quizá me lo olvidé en alguna mesa, pero alguien lo cogió.

Lorenzana no contestó.

—Y desapareció también una pistola... que apareció en los raíles del tren, cerca de Calatayud... Vamos, Lorenzana, eso que has dejado grabado se vuelve en contra tuya. Has confesado que seguías a Almela, que pensabas darle un escarmiento.

—No dije que lo hiciera.

—Pero le seguías.

—Sí, le seguía.

—Entonces, quizá estuvieras enterado de que pensaba ir a Madrid. ¿Quieres que grabe tus respuestas? —Y David se dirigió hacia la grabadora.

—¡No! Deja de decir tonterías.

—Quizá le vio dirigirse a Wagons-Lits a comprar su billete —
adujo Laura por su parte.

—¡Le vi comprar un billete, sí! —replicó fuera de sí Lorenzana y se apresuró a añadir—. Pero eso, ¿qué prueba?

—De momento prueba que tú conocías su intención de viajar, cosa que, tanto Laura como yo, ignorábamos. Tendrás que contestar muchas preguntas a la policía cuando den contigo.

—¡No! —exclamó Lorenzana.

—Vete, Lorenzana, vete porque voy a telefonear al comisario.

—Tú no harás eso, David. ¡No lo harás! —Y los ojos del colega de David tomaron una expresión casi salvaje. Relucían con un brillo asesino.

De pronto, su diestra se hundió en la gabardina recién estrenada que llevaba y la sacó de pronto armada con una navaja automática.

Soltó el muelle y una larga y afilada hoja centelleó.

—¡Cuidado! —exclamó Laura.

Instintivamente, David se dirigió hacia la mesa donde guardaba las armas, pero Lorenzana debió suponerlo y de un salto le cortó el paso avanzando la mano en que llevaba la navaja hacia el cuerpo de su colega.

—¡No! ¡No! Sé lo que pretendes.

Retrocedió y de un salto fue él quien alcanzó primero el cajón de las armas. Sin mirar sacó el «Colt»¹ automático y lo empuñó con la zurda.

—Sé que está cargado. Me fijé bien antes... ¡Cuidado, David! ¡Cuidado! Has tenido mucha suerte hasta ahora en esta vida. De ti depende que continúe.

Avanzó hacia él. David reuló hasta situarse junto a Laura a la que protegió con su cuerpo.

—Vas a ocultarme, aquí o adonde sea, ¿comprendes?

—Estás loco. Te andan buscando.

—Tú cuidarás de que no me encuentren. Te conviene. —Y avanzó hasta llegar muy cerca de David.

—Esto es absurdo. ¿Crees que vives una novela? No seas imbécil, secuestrándonos no conseguirás nada.

—¡Aparta! Fuera de su lado —exclamó esgrimiendo la navaja, pero sin soltar el revólver.

Lo separó de Laura y se situó al lado de la muchacha

colocándole el cuchillo junto a su cuello. Guardó el revólver y con la otra mano se aseguró de que ella quedara inmóvil.

—Secuestran aviones, ¿verdad? ¿Y millonarios? Ya ves que no es difícil hacerlo... ¿Y por qué crees que los secuestrados se aguantan? Porque saben que tienen las de perder... No quiero que me cojan, David. Quiero largarme y tú puedes ayudarme... Sí, bien pensado con una buena cantidad me facilitarás la huida. ¿Cuánto puedes darme?

—No tengo nada en casa.

—Pero tienes cuenta en el Banco. ¿Cien mil, doscientos mil? Sí. Y puede que más... —Sonrió—. Trescientas mil. Vamos. Fírmame un talón. Tú mismo irás a cobrarlo. Si avisas a la policía, piensa que Laura estará aquí conmigo y que si yo caigo, ella caerá primero. Cuando se juega hay que jugar fuerte.

Laura seguía bajo la amenaza de aquel cuchillo que le pinchaba la piel.

—¡Vamos, David! Estoy cansado de esperar.

—David... —empezó ella—. Siento que por mi culpa te veas en esta situación.

—Está bien —murmuró David—. Firmaré. Está loco y no me fío. Tu vida vale más, Laura.

—¡Qué galante es tu jefe, Laura! —sonrió Lorenzana sin separar ni un milímetro la navaja del cuello de la muchacha.

—Bueno. Deja ya de amenazarla —exclamó David—. Estoy rellenando el talón.

—Sí, sí, claro. Si tú te portas bien no temas. Ella saldrá ilesa, y tú podrás recuperar el dinero. Para ti será fácil ganarlo.

David firmó el talón.

—Ya está.

—Ya puedes ir a cobrarlo. ¡Ah! Déjame ver...

David tendió una mano para que el otro pudiera leer:

—Está bien... La sucursal del Banco debe ser la que hay en el barrio. ¿Eh? Así tardarás menos. Te doy diez minutos. No más. Piensa que ella seguirá conmigo.

—¿Por qué no le robaste a Almela también? Tuviste una buena oportunidad. Le disparaste mientras dormía y nadie se enteró... ¡Oh, claro! No lo hiciste porque querías acusarme a mí. Me odias porque triunfé... Nadie hubiese sospechado que yo mataba a

alguien para lucrarme...

—Deja de decir tonterías —espetó Lorenzana—. No sé de qué me hablas.

—Yo sí sé de qué hablo, Lorenzana, y tú también.

Me robaste la pistola y el encendedor aquella noche, posiblemente entonces no pensabas utilizarlos contra nadie en concreto..., o tal vez ya te barruntabas algo, ¿eh? No contestes, Lorenzana... Espera... La oportunidad surgió cuando viste a Almela comprar su billete, ¿no? Pero... Dime una cosa, tú no podías saber que yo tomaría aquel mismo tren. Así que pensabas matarle con mi pistola, luego posiblemente me viste a mí. ¿Cuándo subí?

—Estás tratando de ganar tiempo, David. ¡Ve a cobrar el talón!

—No temas, cobraré ese dinero y no avisaré a la policía, mientras ella corra peligro.

—Entonces, basta de charla.

—Sólo un momento... ¿Desde el primer momento en que decidiste matar a Almela, pensaste en hacer recaer sobre mí todas las sospechas, o se te ocurrió en el expreso?

—¿Quieres dejar de decir sandeces?

—Me viste —contó David impertérrito— y se te ocurrió la idea de dejar caer el encendedor.

—¡Basta ya, David!

—¿Dónde te escondiste después de cometer el crimen? No te creo con valor suficiente para seguir en el mismo compartimiento. ¿O tenías el tuyo propio? Pero no..., no eres capaz de correr el riesgo de que pudieran reconocerte.

—¡Basta! —Lorenzana perdió la calma y soltando a Laura esgrimió el cuchillo en dirección a David.

Su acción, falta de todo control, facilitó las cosas a David. Vio la posibilidad de ganarle la partida a su colega y no dudó ni un segundo en defenderse.

Soltó el talón bancario y con un rápido movimiento sujetó la muñeca de Lorenzana, perteneciente a la mano en que sostenía la navaja.

Lorenzana quiso desasirse, pero David tenía a su favor la iniciativa y no se la dejó arrebatarse, retorció el brazo de su contrincante hasta pegárselo a la espalda.

La rapidez y fuerza de su movimiento consiguieron que el otro

soltara la navaja.

Lorenzana, sin embargo, guardaba todavía el «Colt» automático en el bolsillo.

Cuando iba a sacarlo, David le golpeó con la mano libre, y casi al mismo tiempo le soltó para propinarle un buen puñetazo que le alejó de sí.

El fracasado escritor vio cómo el revólver también se le escurría de las manos y recuperándose del golpe trató de alcanzarlo. David lo alejó de una patada.

Lorenzana se abalanzó contra él, empujándole hacia atrás.

David cayó de espaldas contra una mesa en mala posición, concediendo una ligera ventaja a su oponente que se lanzó encima para oprimirle el cuello con ambas manos.

Lorenzana estaba en ventaja por la falsa postura del dueño de la casa que se debatía buscando el medio de librarse de la presa.

El otro seguía apretando mientras Laura permanecía, indecisa.

Por fin, conectó un rodillazo al abdomen de su antagonista, que acusó el golpe y aflojó su presión. Con ello David niveló la pelea y consiguió de un empujón quitarse de encima a su enemigo.

Lorenzana en su intento desesperado de volver a hacerse con la situación intentó golpear a David que consiguió esquivar el golpe y pasar al ataque pegándole a su vez.

Dos buenos golpes al rostro llevaron a Lorenzana contra la pared.

Acusando los fuertes impactos, el rival de David quedó unos segundos jadeante. Luego sus ojos vieron la navaja que tenía cerca, sobre la mullida alfombra.

Se echó sobre ella y logró tocarla.

David sin contemplaciones le golpeó con el pie el brazo y el otro lanzando una exclamación salió ligeramente despedido.

Se incorporó y ahora comenzó a buscar la huida al verse impotente para seguir luchando contra David. Pero éste le cerró el paso.

Lorenzana rehuendo la lucha buscó otra salida. Y nuevamente David le atajó.

—¡Basta ya, cobarde!

En el último intento, Lorenzana quiso abrirse paso a golpes, pero su nerviosismo le hizo fallar.

David más sereno esquivó, detuvo la pegada y golpeó duramente el estómago de su rival, tal como él mismo había descrito que hacían los héroes de sus relatos.

La dureza de sus golpes hizo toser a Lorenzana ya totalmente a su merced.

Acabó por sentarse, con claros síntomas de náuseas.

Laura se había hecho con el revólver.

—Avisa a la policía, David —murmuró ella.

—Llama tú. Yo le vigilaré. No me fío... Después de lo que ha intentado hacer... ¡Maldito cobarde! ¡Asesino! ¿Hasta dónde has llegado? Pero todavía no he terminado contigo, ¿sabes? Trataste por todos los medios de cargarme un asesinato.

Lorenzana no podía hablar. Se resentía aún de los golpes. Jadeaba en el suelo, en un rincón del vestíbulo con las manos sujetándose el estómago.

Trató de decir algo, pero su boca volvió a cerrarse.

David tomó el revólver que sostenía la muchacha y avanzó hacia él.

—¡Vamos, habla de una vez! Cometiste el crimen entre Zaragoza y Calatayud. ¿Dónde diablos te escondías?

—Es fácil suponerlo —terció ella junto al teléfono—. Elegiría uno de los compartimientos vacíos. Seguramente no tenía ni dinero para pagar el tren.

—Yo... —empezó Lorenzana—. Yo no fui. No fui. No maté a Almela.

—De nada te servirá mentir, Lorenzana. Estás atrapado... Por eso querías huir.

Con gran dificultad Lorenzana replicó:

—Estoy harto de vivir mal... Yo tengo el mismo derecho que tú... Por eso te odio a ti y a los que la suerte os ha favorecido os creéis superdotados... Pero yo no maté a Almela. Eso no... Y ni tú, ni la policía, ni nadie podrán probarlo.

—Pero robaste mí «Astra» y el silenciador.

Lorenzana insistió en negar con la cabeza. Pero no dijo nada más.

CAPÍTULO IV

La policía se llevó a Lorenzana. Uno de los inspectores que subió al apartamento de David murmuró:

—Nos ha hecho un buen servicio. El comisario le llamará para que ratifique la declaración que nos ha hecho a nosotros y la firme.

—De acuerdo.

—Hasta la vista, señor Sender. —Se despidió el inspector.

Lorenzana fue conducido hasta el interior del vehículo de la policía que se puso en marcha en dirección a la jefatura.

Laura y David al quedarse nuevamente a solas se miraron un largo rato en silencio.

—Gracias, David. Creí que sería capaz de matarme.

—Sí, y, por un momento yo también lo pensé.

—Estabas dispuesto a pagar... trescientas mil pesetas por mí.

—¿Qué podía hacer?

—Dijiste que mi vida valía mucho más.

—¿Y no es así?

Ella se volvió hacia la terraza y empezó a andar hasta quedarse mirando tras los cristales.

—Yo creí que...

El se aproximó:

—Sigue, Laura...

—Tú sabes que yo me dejé convencer por Almela como una tonta... No sé por qué me había figurado que sus palabras eran sinceras... Me gustaba hacerme la coqueta, pensé que llegaría a conseguir el triunfo absoluto para mí sola. Tú intentaste abrimme los ojos y recuerdo que menosprecié tus palabras.

Sonrió tristemente y prosiguió:

—Lorenzana me lo ha recordado todo ahora. Todo el mundo comentaba a mis espaldas, me criticaban, murmuraban y era con razón. Yo no rechacé a Almela, hasta que me di cuenta de que tú

tenías toda la razón. Yo había sido sólo un juguete para él.

—¿A qué viene recordar esto?

—Viene a que... siempre pensé que cuando me ofreciste este empleo, lo hacías casi por compasión.

—Eso es una tontería.

—No. No lo era para mí, David.

—Bueno, dejemos eso...

—David... ¿Recuerdas cuando Manuel y yo salimos un par de veces?

—¿Manuel Ortiz? Sí... Lo recuerdo. ¿Por qué?

—Yo creía que Manuel iba en serio. De repente todo se acabó.

—Bueno, no había nada serio entre vosotros. ¿O te hizo alguna promesa? No es que a mí me importe, pero puesto que lo has mencionado...

—No, no me dio a entender nada, pero una mujer sabe enseguida si quien la corteja va en serio o pretende pasar el tiempo.

—Sigo sin entender...

—Pues que Manuel de pronto cambió y enseguida vi que lo que quería de mí era..., ya puedes suponértelo.

—Bueno, acaba ya. No sé dónde quieres ir a parar.

—Pues que siempre pensé que tú le habías hablado de mí y de Almela.

—¡Qué tontería!

—Pensó que lo sabían todos y que me miraban como a una chica marcada... y que pensaban que tú me tenías aquí, pues para aprovecharte también.

—¡Laura! Eso es una estupidez... Pero, jamás me habías dicho esto.

—Te lo digo ahora porque cuando vi que firmabas el talón por esa cantidad..., trescientas mil pesetas y que le decías a Lorenzana, que yo valía más, sentí algo... no sabría cómo decírtelo. Me di cuenta de que lo que decías te salía de lo más profundo.

—Puede que sí... Sí. La verdad es que... —Se aproximó más y suavemente la obligó a que diera la vuelta, luego miró a los ojos de la muchacha. Ella no resistió por mucho tiempo aquella mirada y desprendiéndose de él se apartó corriendo con los ojos húmedos.

—¡Laura!

—No me digas nada ahora. No me digas nada. Me he dejado

dominar. Olvida esta escena estúpida.

—Estás nerviosa por lo que ha ocurrido. Te acompañaré a casa.

—No, no. Puedo ir yo sola.

—Vamos, Laura, no seas niña. Después de lo ocurrido, yo tampoco voy a hacer nada. Anda, vámonos.

Ella fue al lavabo para arreglarse. El a su habitación para cambiar su jersey sucio y levemente roto por la pelea y por una camisa.

Se anudó la corbata en el espejo del recibidor y con un peine, que se sacó del bolsillo se arregló el pelo.

—¡Laura! Estoy pensando en lo que dijo Lorenzana... De que no había matado a Almela. Supongo que mintió, claro, pero... si la policía no le saca la verdad, este caso no lo veo resuelto, y desde luego resulta extraño.

Ella salió del lavabo y murmuró:

—Ya estoy. Si insistes en acompañarme.

Por el ascensor, y durante el viaje en el coche, David siguió comentando el asunto.

—Lorenzana no negó que supiera que Almela iba a coger el tren, pero si le siguió hasta Wagons-Lits no podía saber la fecha. No le creo capaz de entrar y preguntar a los empleados. Además, que dudo le hubieran dado esa información.

Quedó pensativo.

Pensó en aquella palabra Wagons-Lits y luego añadió:

—Si pregunto algo a la policía le será fácil comprobar esto...

Laura parecía abstraída en otros pensamientos.

David seguía Diagonal abajo en dirección al paseo de San Juan. El tráfico era muy denso y se veía obligado a detenerse con frecuencia.

Fiel a sus pensamientos, el escritor prosiguió:

—Lo de esconderse en un compartimento vacío no deja de tener sus riesgos, si el empleado lo hubiese descubierto... —Volvió a interrumpirse para...— Y desde Barcelona... ¿Por qué diablos esperar hasta Zaragoza? A menos que...

Como si repentinamente se hubiese hecho la luz de la verdad en su cerebro, se volvió hacia Laura al tiempo que frenaba ante un semáforo en rojo:

—Zaragoza..., Laura..., tú sugeriste antes lo de los

compartimientos vacíos.

—Sí, David.

—¡Laura, por Dios! ¿No te das cuenta? Incluso nombraste antes, que Lorenzana había seguido a Almela, cuando salió de la discoteca y que había ido directamente a la Wagons-Lits.

El semáforo seguía en rojo.

Ella no contestó.

—Laura... Tú sabías que Almela haría ese viaje... Quizá tú misma se lo propusiste en la discoteca. Se lo propusiste cuánto ya conocías lo que yo planeaba...

—Ahora no tengo fuerzas para negártelo —susurró ella.

—¡Laura! Hace un momento en el estudio trataste de decirme que odiabas a Almela... y a mí. ¡A mí porque creías que yo había apartado a un pretendiente de tu camino, difamándote, atentando contra tu reputación!

—Sí, David. Odiaba a Almela por haberse burlado de mí... Y te odiaba también a ti porque pensé que habías contado mi historia a todos tus amigos.

El semáforo cambió de color. David no se dio cuenta. Estaba obsesionado por lo que acababa de descubrir por sí mismo y seguía con la mirada fija en la muchacha.

—¡Dios mío! Tú lo planeaste todo... ¡Claro! Eras la única que sabía la verdad.

—Salté del tren en Calatayud. Temí que no fuera capaz de hacerlo...

Los claxons de los coches que estaban detrás del de David comenzaron a sonar.

—Entonces subiste en Zaragoza y... —No continuó. Ya no le importaban los detalles. Aquello que acababa de descubrir era demasiado horrible.

Los claxons seguían sonando.

—Hasta hoy no supe que yo... tal vez significaba algo para ti murmuró ella. Cuanto menos supe que no me odiabas..., que estabas dispuesto a pagar un rescate...

Abrió la puerta en un arrebato. No se sentía con fuerzas de seguir resistiendo la mirada de David.

El reaccionó tarde porque estaba demasiado anonadado.

Laura echó a correr por la calzada. En la fila de la izquierda,

donde David seguía detenido, los coches armaban ya un verdadero concierto con los claxons.

Ella corría para salvar los dos canales que le separaban de la acera.

Los autos con paso libre aceleraban para conseguir cruzar antes de que el semáforo se cerrara.

—¡Cuidado! —gritó alguien.

Varias mujeres chillaron al mismo tiempo que se oía el chirriar de unos frenos.

El automóvil, cogió de lleno a la joven lanzándola varios metros por delante.

David cerró los ojos.

EPÍLOGO

La ambulancia, llevaba a Laura al hospital tratando de abrirse paso entre la densa circulación.

Era un accidente más. Ocurren todos los días. Para David no era un accidente más.

Horas después el comisario concluyó su relato.

—No hay duda de que ella debió prometerle a Almela que se reuniría con él. Posiblemente no lo sabremos nunca.

—¿Ha muerto?

Antes de contestar a la pregunta el comisario hizo otra:

—¿Significaba algo para usted esa señorita?

—Pues... acaso sin darme cuenta... hubiera empezado a significar algo a partir de hoy. No lo sé. Fue cuando la vi amenazada por Lorenzana.

—Hace poco que mis hombres han llamado del hospital. Ha muerto.

El escritor sacudió la cabeza.

—No ha sido la suya una vida muy afortunada... Llegó pensando que iba a conquistar el mundo. Lo que no comprendo es que se pueda vivir odiando como lo hizo ella... Pensar que la tenía trabajando a mi lado y que cada cosa mía que tocaba, cada papel, cada objeto, lo aborrecía con toda su alma... cuesta creerlo.

Y tras una pausa añadió:

—Quizá sin darme cuenta yo mismo le di la idea de urdir su plan. Matar a Almela y procurar que sospecharan de mí.

—¿Por qué hizo toda esa comedia, señor Sender? ¿Por qué se complicó la vida? ¿No le parece ya bastante complicada?

—Señor comisario... ¿No ha sentido nunca el deseo de hacer algo que saliese de lo corriente? Algo que sin perjudicar a nadie nos proporcione una satisfacción diferente... Quería demostrar que lo que hice era realizable y apostar sobre ello con Gerardo Sala. Lo

hubiese hecho si mi amigo Carlos no hubiese tenido el accidente que le costó la vida, pero todo empezó a salir mal, y esa aventura se convirtió en algo estúpido y sin sentido.

—Algo que pudo costarle muy caro, señor Sender y debo reconvenirle en este sentido. Hay ciertos juegos que resultan peligrosos aunque parezcan inofensivos.

—¿Por qué no hubiera podido salir bien? Mire usted. Yo vivo de inventar fantasías, y uno a veces cree tener el derecho de vivirlas, tal y como las concibe para sus héroes.

—Separe la fantasía de la realidad, señor Sender. Es un buen consejo.

—Sí, tiene razón. La tiene porque vivimos en un mundo demasiado materializado y egoísta, porque no hay lugar para la fantasía, porque una cosa es seria o no lo es, midiéndola por las definiciones que nosotros mismos hemos inventado para calificarla. Tiene razón porque el odio existe, y la violencia también, porque hay ladrones y asesinos, y hemos perdido la capacidad de hacer tonterías a fuerza de hacerlas todos los días... En el fondo, señor comisario, todos deseamos hacer algo..., diferente. Una travesura de niño. Lo mío no era tan malo. Podía parecer absurdo, pero era vivir una fantasía..., que se complicó. Ya lo dijo el pobre Carlos. «Siempre hay algo que falla».

Y sin saber cómo se encontró repitiendo el epílogo de su historia sentado en una roca en la playa de San Pol, junto a Alexandra, que le había estado escuchando en silencio.

Cuando él terminó, la muchacha murmuró:

—Cuando viniste la otra vez yo no sabía nada, pero comencé a leer los periódicos y bueno... pensé que te hallabas en un apuro. Y lo sentí.

—Un apuro que me busqué yo mismo... ¿Y por qué diablos te he contado todo esto?

—No sé... Pero me ha gustado que lo hicieras —sonrió ella.

—Debe parecerle una historia estúpida... Y acabarás pensando que estoy loco.

—No, David. ¿Por qué iba a pensarlo? —murmuró ella devorándole con aquellos ojos grandes, comprensivos y hasta quizá..., quizá enamorados.

—Humm... ¿Por qué demonios no vengo más a menudo?

—Siempre dices lo mismo.

—¿Cuánto hace que nos conocemos?

—De toda la vida...

—Fue un verano, ¿no?

Ella asintió.

—Hace siglos... O acaso fue ayer. No lo sé. Pero me gusta estar aquí... Me dejas apoyar mi cabeza.

—Bueno.

David se tendió y colocó la cabeza en el regazo de Alexandra. Miraba hacia ella y hacia el cielo, muy azul.

—Es un buen momento para pasar unas vacaciones. Creo que las necesito —comentó David.

—Ahora hay mucha calma por aquí. No es como en verano —susurró la muchacha.

—Podré pensar en mi próxima novela... Convertiré mi aventura en un relato. Una novela basada en mi propia experiencia... ¿Qué te parece el título? Le pondré: *Trayecto Barcelona-Madrid*.

—Por mí, magnífico... ¿Pero no acabas de decir que querías descansar?

El se incorporó y dio media vuelta, hasta poner su cara casi rozando a la de Alexandra.

—Sí, quiero descansar... —La besó y ella parecía estar aguardando aquella decisión.

Volvió a besarla.

—Ese «trayecto» —susurró después del segundo beso—, ha sido muy largo... Necesita también una larga parada... Muy larga.

Y la besó por tercera vez, pero ahora abrazándola con fuerza.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

